

El mes del caballero

George Alfaro



Capítulo 1

El mes del caballero

Prólogo

¿Son estos mis días finales?

Probablemente.

Cuando acepté este último desafío, estaba plenamente consciente de que las consecuencias serían irreversibles. Aun así, no sentí miedo, ¿cómo iba a sentirlo?, a mi edad, el miedo a la muerte ya no lucía tan aterrador. Me tocó vivir de todo: Guerras, hambrunas, romances, victorias, derrotas y por supuesto, el ocaso de mis capacidades.

Ya no podía correr como antes, ni dar volteretas en el suelo, ¡mucho menos comer en gran cantidad!, oh, como extrañaba los banquetes de carne y la cerveza que mis hermanos solían dar a principios de invierno, cuando la familia se reunía en el castillo central. Fueron días de ensueño, memorias preciadas que poco a poco, se iban alejando de mis dedos.

Mis últimos años debieron ser tranquilos y serenos, una caminata por la vida hasta encontrar a la muerte como si estuviese viendo a una vieja amiga. Pero no, al parecer, el destino tenía otros planes para mí.

Todo comenzó por cosas de la política, mi hijo, el actual señor del Castillo Marea, se vio forzado a negociar con un noble extranjero que pretendía quitarnos una de nuestras tres aldeas. En teoría, la respuesta más caballeresca posible, debería ser un no rotundo y una llamada a las armas, pero en esta ocasión no pudimos ser tan nobles, pues el reino enemigo poseía un ejército parecido al nuestro. Enfrentarnos en un combate abierto solo traerá destrucción para ambos bandos, hasta el más estúpido podría saberlo.

Y por supuesto, ninguno de los dos reyes deseaba tratar este tema abiertamente, ya que ambos yacían lidiando con sus propios problemas dentro de sus fronteras. Nuestro soberano, el Rey Juan II, le dijo a mi hijo que resolviera el problema sin llegar a una guerra o darles a los vecinos un casus belli.

Así era la política, taimada y llena de mentiras, un mundo donde la irresponsabilidad y el miedo estaban a la orden del día.

¿Deberíamos entregarle la aldea así nada más?

Obviamente no.

Ceder un feudo, por más pequeño que sea, traería la deshonra para nuestra familia, una mancha tan grande que mis nietos y bisnietos tardarían años en borrar. Con el paso del tiempo, aprendí que el prestigio entre las familias nobles era incluso más importante que simples monedas.

Total, el dinero podía producirse de muchas formas: Economía, saqueos, ventas, trofeos, etc.

Pero el honor y el prestigio solo podían obtenerse de una manera: Haciendo lo correcto.

Y en este caso, mi hijo hizo bien.

Luego de una acalorada discusión, donde llovieron los insultos, las amenazas y una que otra mirada fea, las dos familias nobles llegaron a una conclusión: Arreglarlo todo con un duelo de honor, una vieja tradición milenaria que consistía en un combate uno contra uno, a muerte y sin posibilidad de rendición.

Los términos quedaron de la siguiente forma:

La familia ganadora se quedará con la aldea.

No habrá represalias ni deudas de sangre entre ambas familias.

Los combatientes deberán ser miembros de la dinastía (incluyen bastardos)

Se dará un mes de preparación, en ese tiempo, ningún ejército o fuerza militar podrá estar a menos de 1 kilómetro de las fronteras entre ambos señores.

Y fue ahí donde entré yo.

Mis cuatro hijos aún tenían niños pequeños, salvo por mi primogénito, cuyo hijo mayor ya había alcanzado los dieciséis años de edad.

No podía permitir que ningún miembro de mi familia muriese por una tontería política.

Así que me ofrecí como campeón, después de todo, la opción más sensata para no enfurecer al reino enemigo y conservar nuestro honor, sin llegar a la guerra, era precisamente este combate singular.

Total, a mis cincuenta y siete años ya no me quedaban muchas cosas por hacer.

Capítulo 2

Capítulo 1: Paseo

—Que silencioso. —El patio del castillo lucía tranquilo, eran las nueve de la mañana y los pajaritos apenas iniciaban su concierto matutino. Decidí dar una caminata solitaria para despejar mis ideas, a pesar de tener el duelo a un mes de distancia, no me sentía para nada nervioso, sino todo lo contrario.

En el pasado, siempre estaba ocupado haciendo trámites o entrenando con la espada, nunca me di la oportunidad de pasear despreocupadamente por acá. Los jardineros me soltaban educadas reverencias cada vez que pasaban con sus utensilios de labranza, pero ninguno entabló conversación conmigo.

Seguían su rutina una y otra vez, sin alterarla ni aventurarse a cambiar.

Pero no podía culparlos, yo hice lo mismo.

—¿Habría sido mi vida diferente? —Si en lugar de tomar posesión del castillo hubiese decidido viajar por el mundo como un caballero errante, tal vez mi situación sería totalmente diferente. Por un momento, la idea de viajar de ciudad en ciudad, participando en torneos y ofreciendo mi espada a otros señores más grandes, no sonaba tan mal.

Pero luego de pensarlo bien, llegué a la conclusión de que mi vida fue buena, ¿para qué cambiarla?, ¿para qué desear algo mejor cuando ya tengo todo?

Estuve casado por treinta años con una gran mujer y tuve cuatro hijos varones. No podía pedir más.

De joven, uno quiere comerse al mundo, salir más allá de sus fronteras personales para afrontar retos nuevos, conocer personas y al final, encontrar la felicidad. Por fortuna, en mi caso no será necesario pensar que las cosas habrían sido mejores si tomaba otro camino.

—No hay nada más relajante que una caminata —susurré, estar sin armadura y desarmado era lo mejor, durante años mantuve mi guardia alta por si aparecía un enemigo en el lugar menos indicado. Menuda tristeza, había cosas que no podían verse con el escudo levantado y el yelmo puesto, como la suave textura del pasto recién cortado, o la corteza de los árboles verdes que soltaban limones de vez en cuando.

¿Cómo no lo noté antes?

—Sir Fred, ¿tiene un momento? —De la nada, una voz conocida me llamó desde la distancia.

—Tengo todo el día, ¿qué sucede? —El hombre que vino a buscarme era un mensajero real, un sirviente leal a mi hijo, Lord Pedro.

—Tengo un mensaje para usted. —El mensajero me entregó una carta sellada, al verlo de cerca, pude notar que no era más grande que mi nieto, tenía aproximadamente diecisiete años de edad y vestía un jubón negro con pantalones blancos, botas cafés y un sombrero verde, señal de que pertenecía al Castillo Marea. La expresión tranquila de su rostro indicaba que no se trataba de un mensaje urgente.

—Gracias por traer el mensaje, lo leeré en seguida. —Tras mi respuesta, el jovencito emprendió la marcha hacia el castillo central, dejándome solo con la carta.

El mensaje decía lo siguiente: "Padre, tenemos que hablar, estaré a las orillas del lago al mediodía"

Un mensaje pequeño.

A Lord Pedro nunca le gustaron las letras, mucho menos escribirlas, recordaba a la perfección lo mucho que batallé para enseñarle a leer. Mis consejeros me decían que le dejara el trabajo a un escriba, o un profesor más versado que yo en las artes literarias, pero no podía dejar a mi heredero con cualquier hombre.

Entre planas y repeticiones, le enseñé el duro arte de la lectura.

Cuando llegué a la orilla del lago, Lord Pedro aún no estaba, el sitio seguía tal y como lo recordaba en mi infancia: Vacío, con un silencio reinante que me permitía escuchar mis más profundos pensamientos.

El pasto verde y el agua cristalina eran un verdadero placer visual, desde aquí podía ver mi reflejo claramente, como el cristal mismo. Mi cabello ya no era rubio, en su lugar, una fina capa blanca había cubierto mis quebradizos cabellos, producto de la edad y el cansancio.

Mis poderosos músculos y rostro agraciado se marchitaron con el tiempo, ahora no era diferente a un tronco viejo y desgastado. Aun así, debajo de estas arrugas y huesos adoloridos, se encontraba todavía la voluntad de un hombre fuerte y sobre todas las cosas, mi experiencia.

Aquello era lo único que no se debilitaba con el pasar de los años.

Sin importar cuanto tiempo pase, la sabiduría que gané jamás desaparecerá.

Aun si llego a olvidarlo todo, mis hijos y nietos continuarán mi legado, de ese modo, todo el sufrimiento y el dolor que sentí jamás será en vano.

—Hey, padre. —De repente, la voz de Lord Pedro me sacó de mis divagaciones, mi hijo se presentó ante mí con un rostro solemne y lleno de porte. Vestía un jubón de terciopelo azul y pantalón café, el color rubio de sus cabellos y la piel clara como las montañas de invierno, lo hacían muy parecido a mí.

—Hijo, ¿para qué me llamaste? —cuestioné.

—No lo puedo entender, ¿por qué te ofreciste como campeón?, pude haber derrotado al rival por mi cuenta. No tenías porqué ofrecerte así.

—Te equivocas, hijo, en una pelea pueden pasar muchas cosas, recuerda que he vivido más que tú. No sabes la cantidad de veces que un competidor inferior terminó venciendo a su oponente, ya sea por suerte o una buena planeación. Eres el señor del Castillo Marea, arriesgarte a ti mismo cuando el feudo y el rey te necesitan no es una idea inteligente, además, no estoy tan seguro de mi derrota. —Eso último fue una mentira, en el fondo de mi corazón, sabía perfectamente que mis posibilidades eran muy pocas, pero tampoco nulas, en mis tiempos fui un gran guerrero y aún ahora, podía presumir de ser lo bastante diestro para derrotar enemigos de nivel medio.

—Aun así... La manera en que te ofreciste me pareció fuera de lugar, ¿es por qué mamá ya no está contigo?

—En parte sí —admití—. Pero no me mal intérpretes, no es que haya perdido los deseos de vivir, al contrario, cada día que pasa me siento más vivo que nunca.

— ¿Entonces por qué motivo te propusiste? —volvió a preguntarme.

—Quizá es demasiado pronto para ti, hijo, por ejemplo, mira tú reflejo en el lago, aprecia el sonido de los árboles al compás del viento. Y entonces entenderás porque lo hice. —En cierto modo, podía entender el sentir de mi hijo, para él, la seguridad de su familia siempre será prioridad, yo mismo le enseñé que debía proteger a sus familiares a capa y espada, después de todo, si un hombre no podía proteger a su familia, ¿cómo podía dirigir un feudo?

—Sigo sin entenderlo, padre, pero no voy a discutir tu juicio, me enseñaste todo lo que sé y por ende, confiaré en que tomaste la decisión correcta. —No dijimos más palabras, Lord Pedro tomó asiento en el pasto verde y después, inclinó su espalda hacia atrás, con la vista enfocada en el cielo lleno de nubes.

Hice lo mismo mientras la mañana continuaba.

¿Cuándo fue la última vez que mi hijo y yo estuvimos juntos?

Sin labores de por medio, ni política engorrosa que tratar.

Solo padre e hijo, unidos como en los días de antaño, cuando este hombre ni siquiera sabía blandir una espada.

“Que maravilloso es vivir”

Capítulo 3

Capítulo 2: Héroe o villano

No hay héroes.

No hay villanos.

Lo entendí de la peor manera posible.

Cuando era un adolescente, quería convertirme en un caballero supremo, un héroe legendario del que se tuviese memoria a través de los siglos. Me esforcé mucho para pertenecer al séquito del rey durante la primera guerra que combatí, llevé mis habilidades al máximo, memoricé cada poema y canción heroica para cantarlas en banquetes a las señoritas nobles, se podría decir que alcancé el epítome de la caballería.

Y aun así, cuando cabalgamos en las calles de Lona, la capital del Reino de Flor, jamás olvidaré las miradas de terror que los niños pusieron sobre mí. No veían a un héroe, sino a un monstruo que venía a destruir su ciudad y matar a sus habitantes.

Las canciones no hablaban de esto, mucho menos los poemas.

La guerra fue aterradora, una masacre de carne y sangre donde muy pocas cosas resultaron ciertas. No había honor en masacrar campesinos famélicos o jovencitos débiles que en sus vidas habían tomado una lanza y de todos modos, eso no me impidió cargar con otros caballeros para destrozarnos sin piedad alguna.

Pero al volver a casa, mis compañeros y amigos me recibieron como un salvador, cantaron canciones por mí e hicieron banquetes llenos de comida y diversión. Fue ahí donde lo entendí; el concepto del mal y el bien eran irrelevantes por sí mismos, una creación moral que la humanidad inventó simplemente para poner ideologías.

Los villanos eran héroes, los héroes, villanos, un cuento absurdo que jamás terminaba, ni siquiera con el derramamiento de sangre.

¿Entonces por qué motivo combatí?

¿Por cuál motivo decidí convertirme en caballero?

De joven no pude encontrar una respuesta y ahora, como un anciano, tampoco logré llegar a una conclusión que me tuviese satisfecho. Para el Reino de Flor, la sola mención de Sir Fred era sinónimo de amargura y temor, pero acá, en el Castillo Marea, se me recuerda como un gran líder

y alguien capaz de dirigir perfectamente a sus hombres en el campo de batalla.

Menudas percepciones más diferentes.

¿Era un héroe?

¿O un villano?

Jamás podré responder esa pregunta, pero quizá sea la historia quien me juzgue por mis acciones. En este punto de mi vida, ya no me importaba.

Hice lo correcto, o al menos, lo que yo creía correcto, no podía decir más, tampoco era un santo o un Dios, mis acciones siempre se vieron limitadas por el potencial humano. Luché, dirigí y ahora mismo, disfrutaba de mis acciones del pasado. No podía volver atrás, no deseaba regresar al pasado, para mí, los recuerdos eran una ventana que apreciar con una sonrisa, no una puerta inalcanzable de mis más oscuros deseos.

Entonces, si tuviese que responder a la pregunta de si era o no un héroe...

Diría siempre lo mismo.

“La historia se encargará de mí”

Y estaba conforme con eso.

—Mi señor, su espada está lista. —Mis pensamientos fueron interrumpidos por una voz conocida, al darme la vuelta pude ver al viejo herrero caminando hacia acá. El hombre tenía mi edad, pero lucía mucho más musculoso que yo, producto del trabajo en la forja, vestía una camiseta sin mangas de tela gruesa y pantalones cafés, el atuendo típico de un herrero. En sus manos, tenía una espada bastarda vieja, pero reluciente, la hoja estaba recién pulida, de igual forma, el mango también presentó una restauración completa y para terminar, el adorno del relámpago en el pomo volvía a brillar como en sus mejores tiempos.

—Gracias por tu arduo trabajo, Arturo. —La familia Moreno tenía una espada que solo podía cargar el señor del Castillo Marea, se llamaba Juicio Final y actualmente la portaba mi hijo, Lord Pedro, sin embargo, la espada que el herrero me arregló no era una reliquia familiar, sino personal.

El nombre de la espada era: “Rayo”, por el adorno del relámpago en el pomo.

Yo mismo mandé a forjar esa espada cuando era joven y fue el arma que utilicé durante toda mi carrera marcial. No utilicé mucho a Juicio Final,

pues prefería tener mi toque personal en la batalla y por ende, dejé a la espada familiar como parte del uniforme para ceremonias importantes.

No obstante, las diferencias entre Juicio Final y Rayo eran abismales.

La primera tenía más de 600 años de antigüedad y estaba hecha de un metal rúnico especial, forjado por un maestro hechicero durante la guerra del tornado. Un arma poderosa e implacable, pero demasiado ostentosa para mi gusto.

Rayo, por otro lado, era una espada común, forjada con un acero decente y de buena calidad, nada mágico ni resplandeciente como la espada de mi hijo.

¿Por qué motivo elegí a Rayo?

Muy simple.

Deseaba ser alguien diferente, un espadachín famoso por su habilidad y no por la espada legendaria que llevaba. Claro, Juicio Final te daba una gran ventaja en combate, pero si no sabías usarla entonces no era diferente a un pedazo de metal.

Y de ese modo, fui conocido como Lord Fred, espadachín del trueno, un título que me gané por el nombre de mi espada y de paso, mi habilidad para derrotar enemigos. Pero de aquello ya han pasado casi 30 años, el hombre que alguna vez derrotó a 6 oponentes al mismo tiempo y salvó a su esposa de unos asesinos ya había quedado atrás.

Ahora era simplemente Sir Fred, antiguo señor del castillo y hombre mayor, el abuelo favorito de los niños.

—Trabajar con Rayo me trajo recuerdos, señor. —El herrero me entregó la espada con una sonrisa llena de melancolía, ¿cuántas veces hemos repetido la misma escena?

—Y que lo digas, tú forjaste a Rayo para mí como una simple muestra de rebeldía hacia mis superiores. Qué tiempos aquellos, pero no me arrepiento de usar a Rayo en combate, después de todo, el hombre hizo a la espada y no al revés. —Una vez que deje este mundo, Rayo será recordada como la espada de Sir Fred, un arma sin capacidades extraordinarias y que solamente brilló por la maestría de su propietario.

—Es verdad, yo reparé a Rayo tantas veces que hasta podría considerarla hija mía, cuando llegabas del combate me la entregabas toda hecha un desastre, ¿acaso no te enseñaron a cuidar las espadas? —susurró Arturo, mientras me mostraba su típica sonrisa de reproche, la misma que

siempre hacía cuando le entregaba a Rayo para mantenimiento.

—Hey, no puedes culpar al gran espadachín del trueno. —Dios, menudo nombre tan juvenil, un viejo como yo llamándose a sí mismo espadachín del trueno sonaba muy incómodo, lo mejor será dejar ese mote atrás.

—Y al parecer, el “famoso” espadachín volverá, por eso me has pedido que repare a Rayo, ¿no es así?

—Supongo que no puedo ocultarlo ante ti, en efecto, yo me propuse como campeón para proteger el honor de mi familia. ¿Podrías darle unos ajustes a mi armadura también?, ya tiene algún tiempo que no me la pongo.

—Muy bien, señor, será un placer volver a trabajar con usted, a mi edad ya casi nadie me pide trabajos y ahora es mi hijo quien se encarga de la herrería. ¿No le molesta que trabaje en el horno de repuesto? —preguntó Arturo.

—En lo absoluto, tu hijo dirige la herrería, mi hijo dirige el castillo, nuestra situación es parecida, ¿no lo crees?

—Y que lo diga. —Arturo me dedicó una educada reverencia, luego, se dio la vuelta —. Trabajaré en la armadura, la tendré lista en unos días.

—Te lo encargo, por favor.

¿Quién lo diría?

Un guerrero del pasado luchará por el honor del futuro, vaya cosas, si un bardo supiese esto ya me habrían dedicado al menos una canción.

De todos modos, no ganaré nada preocupándome por el duelo, simplemente deseaba disfrutar el mes de preparación y entender un poco más las cosas sencillas de la vida. Ya estuve demasiado tiempo encargándome del Castillo Mara, un corto descanso no me vendría mal en lo absoluto.

—Creo que voy a comer algo, la cocinera no puede negarle nada a este viejo tan adorable.

Con pocos pensamientos importantes en mente, di un paso al frente y me dirigí a la cocina del castillo. Luego probaré a Rayo, por el momento, solo deseaba descansar.

Capítulo 4

Capítulo 3: Niños

Ver a mis nietos jugar en el patio me producía una nostalgia muy hermosa, lucían tan despreocupados e inocentes, que una parte de mí deseaba taparles los ojos de todos los horrores que este mundo podía ofrecer.

A los niños no se les había informado de mi duelo, para ellos, los días seguían sin muchos cambios y disfrutaban su corta, pero dulce inocencia. Desde la distancia pude apreciar a mis siete nietos jugando un extraño juego llamado: "Las traes", donde uno de ellos se encargaba de tocar a cualquiera de sus compañeros, luego, el niño tocado tendría que tocar a otro y así sucesivamente, hasta que todos acabasen cansados.

Eran cinco niños y dos niñas, cuyas edades iban desde los seis años hasta los diez, sin contar al octavo nieto cuya edad era de dieciséis años, el heredero de mi hijo y futuro señor del Castillo Marea.

—Abuelo, abuelo. —La más pequeña de mis nietas, Sofía, una pequeñita de cachetes rosados y piel blanca como la nieve, se acercó a mí con una sonrisa despreocupada. Sus cabellos blancos y vestido rojo le hacían resaltar mucho entre la multitud.

— ¿Qué sucede, pequeña Sofía? —respondí.

— ¿Quieres jugar con nosotros al capitán del castillo? —Nunca escuché hablar de ese juego, ¿acaso era una nueva atracción para niños?

—No tengo nada mejor que hacer, ¿cómo se juega?

—Muy fácil, abuelo, se hacen dos equipos y se paran en un pie al mismo tiempo. Los que logren mantenerse más tiempo ganan y pueden dar un castigo al equipo perdedor. —La pequeña Sofía tenía muy buena capacidad para hablar, a pesar de su corta edad fue capaz de explicarme las reglas de manera clara y concisa.

—Muy bien, ¿con quién voy a jugar?

— ¡El abuelo va conmigo! —Sofía rápidamente se puso a mi lado, en seguida, Roberto, un niño tímido y flacucho de siete años de edad, se paró a lado de Sofía.

—Y yo también.

— ¡Y yo también! —La otra de mis nietas dio un paso al frente, a diferencia de Sofía, esta niña tenía la piel morena y los ojos grandes, como pelotas. Sus cabellos castaños y mirada dulce le daban un aspecto bastante curioso, sobre todo, porque su piel era poco común en esta parte del Reino —. Anoten a la gran Claudia, ¡ganaremos!

Los otros cuatro nietos hicieron una fila para responder a nuestra intención, ellos no tenían ni la más remota idea de cómo jugar bien, por lo tanto, se limitaron a imitar a la pequeña Sofía. Yo hice lo mismo, nos colocamos sobre uno de nuestros pies y contamos en voz alta para dar mayor presión al equipo contrario.

Sofía me recordaba mucho a mi antigua hermana, de nombre Elizabeth, una mujer de cabello blanco y liderazgo fuerte, a diferencia de otras mujeres en esta sociedad, mi hermana decidió tomar las riendas de su destino y luchó siempre contra una opresión que jamás desaparecerá. Aun así, ella lo hizo, combatió contra diferentes obstáculos hasta encontrar la felicidad y en su lecho de muerte, se despidió de mí diciendo estas palabras: “He ganado”

Competitiva hasta el final, resultaba obvio que una de sus nietas heredara el cabello blanco y su personalidad radiante.

De tal palo, tal astilla, para bien o para mal.

—Ah, ya no puedo —mentí, en realidad, tenía muy buen equilibrio, pero decidí dejarme ganar para dejar la competencia en manos de los niños.

— ¡Podemos ganar! —exclamó Sofía.

No, no pudieron.

El otro equipo ganó de manera aplastante y por lo consecuente, los forzaron a gatear por el pasto sucio.

—Bueno, no siempre se gana —susurré.

— ¡La próxima vez ganaremos!

Todos estos niños estarán ocupando los lugares de honor en la mesa, mientras que mi generación solo quedará plasmada en un retrato en la sala de los recuerdos. Así era la vida, corta, efímera, pero al mismo tiempo, llena de sorpresas que te hacían sonreír por la cosa más pequeña.

Unas vidas venían, otras se iban, era el ciclo natural que jamás desaparecerá sin importar los avances tecnológicos o de la sociedad. Solo por un momento, me gustaría que existiese una forma de preservar

nuestras imágenes en el presente, para que las generaciones futuras vieran los rostros de sus ancestros, las miradas de todos los hombres y mujeres que forjaron el pasado para confiarles el futuro.

Las pinturas estaban bien, pero no todos se pintaban de acuerdo a sus verdaderos rasgos.

—Algún día existirá, estoy seguro...

— ¿Dijiste algo, abuelo? —preguntó Sofía.

—No, no, descuida, sigan jugando, yo los veré desde acá.

Mientras el juego continuaba, mi nieto más grande hizo aparición, el muchacho era la viva imagen de su padre y mía a la vez: Ojos cafés, cabello rubio y piel pálida, pero manchada por estar mucho tiempo al sol. Vestía un jubón de cuero negro y pantalones del mismo color, sobre su espalda iba una capa roja con la heráldica de nuestra familia, un león azul parado en cuatro patas y sosteniendo entre sus fauces un cordero.

Nuestro lema era: “Destruye el miedo, destruye la injusticia, protege el honor”

—No presionen mucho al abuelo.

— ¡Es Héctor! —exclamaron los pequeños, al ser el primo mayor su presencia era muy reconfortante para la mayoría de los infantes, él ya era un espadachín y escudero real, dentro de dos años más, sería nombrado caballero como todos los herederos de la familia.

—Tranquilo, Héctor, solo estoy viéndolos jugar, a mi edad, no hay mayor placer que tomarse las cosas con calma.

—Aun así... ¿No deberías de estar haciendo otra cosa, abuelo?, tienes asuntos importantes que tratar.

—Vamos, vamos, hay que tomarlo todo con calma, ¿no ves qué ya estoy viejito, Héctor?, tú eres joven y fuerte, todos los asuntos complicados deben tratarlo personas llenas de energía, yo por mi parte, estoy contento de estar acá.

—P-Pero... —susurró mi nieto más grande.

—Estaré bien, hablas con el abuelo, después de todo. —Podía entender su preocupación, me quedaba menos de un mes antes del duelo final y según Héctor, debería sentirme presionado, ansioso y lleno de concentración.

Pero a esta edad, el resultado del duelo me era indiferente.

Si ganaba, seguiré pasando mis días viendo las hojas crecer y el viento volar.

Si perdía, me despediría de este mundo con una sonrisa, pues logré salvar la vida de mis preciados familiares.

Era una situación de ganar-ganar.

—Como gustes. —Dicho esto, mi nieto se retiró ligeramente molesto, mientras el resto de mis nietos seguían con sus adorables juegos.

“Tan parecido a tu padre y a mí, supongo que la sangre siempre pesa”

Capítulo 5

Capítulo 4: Amor y romance

La primera vez que vi a Juana, mi esposa, no sabía que decir.

Como todas las familias nobles, era obligatorio casarse con la persona que tus padres o abuelos te indicaban y mi caso, no fue la excepción. Tenía solo quince años cuando me la presentaron, de complexión delgada y cabellos negros, parecía ser una chica más del montón, una mujer que no resaltaba físicamente en nada.

No era muy bella, pero tampoco fea, su mirada tímida y nerviosa era natural para cualquier niña de catorce años de edad. Fue un momento para nada romántico, total, jamás creí en tonterías como el amor a primera vista y el romance perfecto, para mí, aquellos conceptos eran meras fantasías, historias que rara vez sucedían en el mundo real y cuyos casos fueron idealizados por los poetas y los bardos.

Yo no le gustaba.

Y ella tampoco me gustaba a mí.

Lo nuestro fue solo un mero compromiso que debíamos cumplir por nuestras dos familias.

Formalidades aburridas y absurdas, al menos, eso pensaba el "Sir Fred" de aquellos días, cuando no tenía nociones ni estrategias de los juegos de poder.

Nuestra boda fue sencilla, se avecinaban tiempos de guerra y por ende, no pudimos gastar en lujos y banquetes. Ella no me miró a los ojos durante la ceremonia, yo tampoco lo hice, total, estaba más preocupado por mis combates y las justas, que por conocer a esa chiquilla de mirada triste.

Poco después, partí para la guerra junto a otros caballeros jóvenes.

Y así transcurrieron 6 años, en ese lapso nació mi primer hijo y me alcé como el señor del Castillo Marea. Sin embargo, mi esposa seguía siendo una total desconocida, ella me recibía con una fría cortesía y dentro de mis murallas, jamás me sentí como en casa, ansiaba salir a los campos para cabalgar y entrenar mis habilidades marciales. El matrimonio era solo una ceremonia, un ritual político para asegurar nuestra influencia en la zona, ¿por qué debería sentir amor?, nunca entendí aquel sentimiento

cuando era joven.

Todo giraba en torno a los combates y la guerra.

¿Para qué necesitaba un caballero el romance?

Juana tampoco cambió su actitud, ella me recibía con un "buenos días" y se iba a dormir diciendo "buenas noches", jamás hablamos durante nuestros primeros años de cohabitación.

Y por un momento, pensé que sería así el resto de nuestras vidas.

No me molestó en lo absoluto.

Tenía otras cosas por atender y la verdad, el hecho de acostarme con otras mujeres o ser infiel tampoco me llamaba la atención, simplemente no ansiaba conocer el romance, para mí, era como un hecho aparte, una fantasía inexistente que alimentaba de valor a ciertos caballeros.

Pero no a mí.

Y entonces, en la primavera de mis veintiséis años, decidí hacerle una pregunta.

—¿Qué te gusta hacer? —cuestioné con curiosidad.

—Me gusta bordar bufandas y salir a caminar por las tardes, ¿quieres venir?

Aquella fue la primera vez que hablamos de algo no relacionado al matrimonio.

Descubrí que a Juana le gustaban las caminatas, el viento de otoño y las manzanas rojas, no hablaba mucho, pero sí decía lo suficiente para mantenerme interesado. Como en esos años no había guerras que tratar tenía más tiempo libre, por lo tanto, no vi nada de malo en pasar algo de tiempo con mi esposa.

La mujer que en teoría, estaría conmigo hasta el final de sus días, o los míos.

Yo también le hablé de mí, le dije la razón por la cual no blandía a Juicio Final y porqué elegí empuñar a Rayo en su lugar. Pero no solo eso, le comenté también que me gustaban los perros, los niños pequeños, la caza y los jubones suaves.

Poco a poco, las conversaciones frías se tornaron cálidas, la mujer desconocida que vivía bajo mis murallas empezó a ser más importante

para mí.

Hasta que cierto día, en una dulce tarde de verano, Juana y yo salimos a pasear en los jardines traseros del castillo. El pequeño Pedrito se quedó jugando con su hermano pequeño y amigos de la infancia, lo que nos dejó a su madre y a mí la tarde libres para perder el tiempo.

— ¿No habrán guerras nuevas, verdad? —preguntó Juana, con un semblante oscuro y algo deprimente.

—No lo creo, los reyes necesitan algo de tiempo para recuperarse, la guerra es un asunto caro y no muy agradable para la moral de un reino.

— ¿Por qué hay tanta violencia?, ¿por qué no podemos arreglar nuestras diferencias hablando? —A Juana no le gustaban las guerras, siempre fue una persona pacifista, cuya mentalidad le hizo popular entre la población civil. En un inicio, creí que esa parte de ella era solo debilidad, pero luego de haber vivido dos guerras, entendí por qué las odiaba tanto.

—Los reyes crean las guerras, pero no las combaten ellos, supongo que es el orden natural de las cosas —respondí.

—Y tú siempre acudes al llamado, esposo mío, ¿no tienes miedo? —Juana me tomó de las manos y en seguida, las apretó con algo de fuerza —. No sé cómo puedes ir y venir tan tranquilo, la guerra es un sitio horrible, no me gustaría verme envuelta en esas cosas...

—Cuando recién me nombraron caballero no tenía miedo, menudo estúpido era yo —contesté, mientras tomaba sus manos y le dedicaba una dulce sonrisa —. Claro que tengo miedo, pero soy un caballero, mi deber es combatir por el honor a la caballería y de paso, proteger a las personas que me importan.

— ¿Eh?, ¿yo te importo? —cuestionó ella, muy apenada por decir una pregunta obvia.

—Claro que sí, eres mi esposa...

—H-Hasta hace poco no hablábamos nada y nos veíamos como extraños, suena extraño, pero todos estos años no me he sentido como una mujer casada. D-Disculpa que lo diga de ese modo, esposo mío, es solo...

—Interrumpí su discurso con unas suaves palmaditas a su cabeza, un hombre despreciable le habría pegado por aquellas palabras, pero yo no lo era, después de todo, el caballero que levantaba su mano contra una mujer no merecía ni una pizca de respeto.

—Lo sé, pensaba lo mismo, Juana, el matrimonio arreglado es complicado para gente joven, nosotros no somos la excepción. Pero me caes muy

bien, Juana, me gusta verte comer manzanas o caminar contigo por las tardes, quizá no sea demasiado tarde aún... —Y luego de darle palmaditas, extendí mi mano hacia ella, mientras trataba de evocar la sonrisa más dulce que mis labios podían ofrecer —. ¿Quieres empezar de nuevo?, ¿volverte mi esposa una vez más?, no por compromiso, no por títulos ni tampoco dinero... Solo por amor.

—Dios, si me lo pides de ese modo, ¿cómo te voy a rechazar, amor mío?

Y en ese momento, fui testigo de un hecho hermoso.

Juana sonrió.

Sus labios me dejaron embobados, mientras sus suaves mejillas dibujaban el arco más deslumbrante que jamás haya visto.

“Aquella era la sonrisa de una mujer enamorada”

La tomé entre mis brazos y la rodeé suavemente, luego, nos separamos tantito para vernos a los ojos.

—Nunca es demasiado tarde para volver a empezar —susurré.

—Hasta que la muerte nos separe.

Esa misma tarde nos dimos nuestro primer beso real, no uno fingido como en la ceremonia de nuestra juventud. Sentí sus labios cercanos a los míos y me dejé llevar por la pasión de la carne, una emoción que hasta hace poco era desconocida para mí, ahora se había convertido en algo irremplazable.

Pasamos muchas dificultades, momentos duros y también felices.

Pero jamás solté su mano, caminamos juntos hacia el mañana y cuando la muerte le llegó, ella se despidió de mí con una sonrisa.

Juana falleció a los cincuenta y tres años, producto de una enfermedad que la venía molestando desde hace tiempo. En su lecho de muerte nos dimos un último beso de despedida, sus labios ya no tenían la misma fuerza que antes y apenas podía respirar bien, pero sus ojos jamás dejaron de verme con amor. Como la primera vez que nos besamos en el patio, o cuando me vio regresar al castillo para salvarla de unos rebeldes que intentaron tomar la fortaleza.

—Adiós, amor mío. —Fueron sus últimas palabras.

A pesar del dolor y la tristeza, no derramé ni una lágrima por mi esposa fallecida, nuestro tiempo juntos me hizo apreciar más los momentos

felices, que dejarme llevar por emociones malas. Total, a mí tampoco me quedaba mucho tiempo de vida.

—Dentro de poco estaremos juntos, Juana. —Mis pasos me regresaron a la realidad, el cementerio local no tenía ningún visitante hoy, algo común en estas fechas —. ¿Será en un mes?, ¿o un año?, ¿o dos?, no lo sé, pero seguro nos veremos en la otra vida. Y si reencarnamos como dicen los nortños... ¡Definitivamente me volveré a enamorar de ti!

Le di un vistazo rápido a la tumba de Juana, las flores nuevas que dejé atrajeron a unas cuantas mariposas que sobrevolaban alrededor de los pétalos rosados.

Justo como a ella le gustaban...

Definitivamente no creía en el amor a primera vista, pero sí en el romance verdadero, en conocer a la otra persona y entender sus más profundos sentimientos.

Y seguiré creyéndolo hasta el final de mis días.

Capítulo 6

Capítulo 5: Dios

Nunca me consideré una persona religiosa.

De niño me obligaban a entender lo básico de nuestra religión, asistía a los sermones y de vez en cuando, leía las historias épicas del libro sagrado. Pero jamás sentí de corazón aquellas emociones tan sagradas que otras personas sí lograban alcanzar, esa dichosa comunión con el creador que nos permitía llegar a un grado de existencia superior.

Al fin y al cabo, eran simples palabras.

La religión de nuestro país era una monoteísta, creíamos en un solo Dios creador sobre todas las cosas. Pero él no era un Dios generoso, sino todo lo contrario, así como creó la vida, también creó la muerte, el dolor, la desesperanza y las guerras. El creador lo creó todo, pero no controlaba nada, era como un espectador que sacaba conclusiones de acuerdo a nuestras acciones en la tierra.

Una religión cruel con adeptos ocasionales.

Los preceptos eran los siguientes:

El creador creó todos los conceptos de este mundo.

Nadie está por encima del creador, porque una creación no puede tomar el control de su creador.

El creador no te ayudará jamás, él solo observa, juzga y analiza tus actos. Si obraste bien, tendrás una recompensa, si obraste mal, el mundo te castigará.

Las dificultades no son pruebas ni castigos, solo partes del mundo que giran en torno al caos. El creador no tiene por qué controlar al mundo, solo observarlo.

Nadie es igual, todos somos diferentes y son aquellas diferencias las que dan por hecho la perfección del creador.

Menudas reglas más absurdas.

En el norte, las ciudades amuralladas creían en muchos dioses y tenían como escrituras sagradas unas piedras talladas muy antiguas, las cuales decían que la vida era un ciclo que iniciaba y terminaba conforme pasaban los años. Ellos creían en la reencarnación, a diferencia de nuestra religión, cuyo pensamiento recaía en un mundo espiritual que estaba más allá del mundo físico.

¿Y mi pensamiento?, ni idea.

A decir verdad, no podía decir que los dioses eran falsos o reales.

Por un lado, miles y miles de años de historia no podían ser mentiras, es decir, ¿cómo podría la humanidad seguir con la misma farsa por muchísimas generaciones?, algo de verdad había en cada texto sagrado, en cada lectura dada por un sacerdote o chaman norteamericano.

Pero por otro lado, ¿cómo podía descartar el pensamiento de los salvajes?

¿Y si ellos tenían la razón?, ¿y si Dios es un pastor gigante y no un creador egoísta?

¿O no hay un Dios definitivo y en su lugar, había muchos dioses?

Demasiadas preguntas que jamás tendrán respuesta.

A menos de un mes de mi pelea definitiva, ¿debería orar a los otros dioses?, porque el mío no me ayudará en lo absoluto, claro, había gente que le pedía fuerzas y ello, pero el creador no iba a crear "fuerza" solo para mí.

—No seré mal juzgado —susurré—. He hecho lo correcto la mayoría de las veces.

Luego de visitar la tumba de Juana, decidí pasarme por la capilla local para apreciar el arte de nuestra iglesia. No tenía muchas ganas de orar, en mi vida había orado solo en 3 ocasiones: La primera, fue cuando capturaron a mi esposa en la fortaleza y me vi forzado a combatir contra muchos mercenarios para salvarla, la segunda, antes de la carga final de la guerra de los usurpadores y la última, hace poco, cuando iban a elegir a la prometida de mi nieto.

—En tiempos de necesidad, los seres humanos acuden a sus dioses. —La capilla era pequeña y algo austera, sus paredes de piedra carecían de adornos y decoración básica. Por dentro las cosas no eran diferentes, había muchas sillas de madera colocadas en el centro del lugar y más al fondo, un altar pequeño con una X de acero empotrada a la pared. La X era el símbolo religioso que empleaba nuestro culto.

—Es raro verte por aquí, Sir Fred. —Mientras me disponía a caminar de vuelta al castillo, el sacerdote encargado me saludó por la espalda—. ¿Te ha dado un ataque de fe?

—Algo así, ¿estás enterado del suceso, no?

—Me enteré por mis propias fuentes, ¿vienes a pedirle fuerzas al creador? —cuestionó el sacerdote, mientras se jugaba la barba. El hombre era más delgado que un palo, su piel pálida y cabello canoso me daba envidia, él sí lucía como todo un sabio.

—No, incluso alguien como yo sabe que no tiene caso pedirle al creador. Él no ayuda, solo observa y juzga, somos nosotros quienes decidimos nuestro destino. Aun así... ¿No te parece algo cruel?, ser un Dios y no brindar ayuda a tus creyentes.

—Para nada —respondió el sacerdote—. ¿Conoces a la fe del pastor?

—Sí, he combatido contra los reinos del este y sus plegarias suelen ser algo llamativas para mi gusto.

—Verás, Sir Fred, la fe del pastor es demasiado dependiente y débil, ellos creen que su Dios los guiará hacia la salvación, ponen sus esperanzas en una deidad que rara vez les muestra el verdadero camino. Jamás avanzan hacia adelante y se dejan dominar por otros, después de todo, su Dios es el pastor de sus vidas. No piensan, no razonan y por tal motivo, jamás lograrán algo decente.

—Si lo pones de ese modo, nuestro Dios es más justo, ¿no lo crees?

—Imagina rogar, rezar y orar como loco, esperando un milagro que jamás sucederá... ¿No te parece triste?, ¿no te parece cruel?, por eso estoy muy conforme con nuestro culto. Nadie nos regala nada, todo lo que logramos se forma con trabajo duro y esfuerzo constante, solo al final de nuestras vidas somos juzgados de acuerdo a las decisiones que tomamos... Y aun así, es posible que a cada persona se le juzgue de acuerdo a su situación.

—Vaya, si lo pones así, el culto de creador tiene mucho más valor que la fe del pastor. —Jamás lo vi de esa forma, tener a un Dios demasiado dependiente de sus adoradores y viceversa, creaba sociedades débiles y llenas de prejuicios.

Por algo, los reinos del este siempre estaban en conflicto, ya sea con naciones extranjeras o entre ellos mismos. Dependían demasiado de su Dios y nunca se atrevían a desobedecer los preceptos que se les inculcaba desde que eran niños.

—Claro que tengo razón, por algo nuestro reino ha sido prospero por más de dos siglos y no parece que vayamos a perder contra los reinos del este.

—Por Dios, sacerdote, usted sí que sabe dar discursos para motivar a sus creyentes. —Le mostré una sonrisa al sacerdote, luego me di la vuelta y me dirigí hacia el castillo, no sin antes levantar mi mano diestra en señal de despedida —. Si tienes la oportunidad ven a verme ganar, al creador no le gustan creyentes débiles y dependientes.

—Por supuesto, ahí estaré —respondió el sacerdote.

"Seré juzgado por el mismo creador, él sabrá mi situación, no tengo que preocuparme de nada, no soy una oveja que requiera ser salvada"

Capítulo 7

Capítulo 6: Esgrima

En este punto de mi vida, no le debía nada a nadie.

¿Cómo se sentirían las personas con deudas o cuentas pendientes?, no hablaba de dinero, ni tampoco de venganza, sino de algo más profundo, un sueño que no pudieron cumplir o una disculpa que jamás salió de sus labios. Debía ser horrible, el tener tantos sentimientos dentro de tu corazón y no poder expresarlos nunca más, ya sea por la muerte o por algún factor externo.

Dije todo lo que tenía que decir, pero también me dijeron todo lo que deberían decirme.

Para este punto, ya no había más palabras que recibir, solamente un compás amigable que me acompañaba como una sombra silenciosa.

—Creo que iré a dar un paseo.

Salí del castillo al filo de las cinco de la tarde, el cielo nublado y la brisa de otoño poco a poco me transportaron a las nubes, lejos de todas las preocupaciones mundanas y del único pendiente que me quedaba por saldar: El duelo.

No era estúpido, podía ver claramente los rostros preocupados de mis parientes y sirvientes cada vez que se topaban conmigo, este malestar se presentaba con más frecuencia en mi nieto mayor, cuya edad era la indicada para los arrebatos idealistas.

—Supongo que los adolescentes son los que más sufren las muertes —susurré, para mi nieto, la sola idea de perderme debía ser aterradora. Mi presencia ha estado con él desde que nació, lo he visto crecer y desarrollarse en un hombre decente, pero aún no terminaba su proceso de crecimiento. En el fondo, seguía siendo un chiquillo esforzándose de más para convertirse en adulto, justo como yo y su padre. A diferencia de Lord Pedro, Héctor todavía no entendía porque una vida debía perderse en algo tan triste como un duelo.

Su mente joven e idealista aún no se daba cuenta de la verdad, por ende, el hecho de perder a un ser amado por un motivo que estaba lejos de su comprensión, le resultaba doloroso.

—He estado con él desde siempre y luego, de la noche a la mañana, podría desaparecer, nunca más me volverá a ver y cargará con ese resentimiento el resto de su vida. Es verdad, tal vez para mí ya no haya

nada que perder, pero mi nieto y los más pequeños aún son demasiado jóvenes para entender mis motivos. —Mi discurso silencioso fue acompañado de una suave brisa.

Deseaba proteger a Héctor y a los demás de este dolor, pero no podía estar con ellos para siempre, eventualmente, incluso si gano el duelo tendré que morir tarde o temprano. Mi muerte será una prueba más en sus caminos que apenas comienzan, ¿los volverá más fuertes?, ¿o hará que sus caminos desaparezcan?

—Pero que incertidumbre —volví a susurrar—. Aun así, no tengo miedo ni tristeza por lo que pase en el futuro. Confío en que mis hijos y sus parejas criarán a estos niños para que sean la siguiente generación. Yo cumplí mi parte al mundo, ahora les toca a ellos.

"De todos modos, un poco de preocupación tampoco está mal"

En vez de dirigirme al patio del castillo, caminé hacia la arena de prácticas, lugar donde el sargento de armas enseñaba a los reclutas y miembros de las familias nobles. Fue en este lugar donde aprendí a dar mis primeros golpes con la espada y también, donde me dieron las primeras palizas para aprender este doloroso arte.

Y al parecer, no ha cambiado nada en los últimos cincuenta años.

El terreno plano y carente de arbustos lucía exactamente igual a como lo recordaba en mi infancia, los mismos barracones, el mismo sabor a tierra húmeda por las tardes.

Lo único diferente era el sargento de armas.

—Señor, buenas tardes, ¿en qué lo puedo ayudar? —El hombre a cargo de los barracones era un sujeto joven, de aspecto duro y rostro golpeado. Medía cerca de un metro con ochenta centímetros, la mirada valiente pero servicial del sargento no se parecía en nada a la del antiguo encargado. Bueno, quizá porque le hablaba al antiguo señor del palacio y no a un novato.

Con los reclutas y escuderos seguro mostraba una cara distinta.

El viejo loco, como le solíamos decir, era precisamente la imagen que cualquier persona imaginaría de un sargento... Feo, mal humorado y temible.

A diferencia de este joven, cuya edad no debía pasar de los treinta, el viejo nos recibía con insultos, golpes y escupitajos. Nunca hubo una vez donde no lo haya escuchado decir groserías o meterse con las madres de los demás reclutas, en una ocasión le tiró los dientes a tres escuderos que

se aliaron para darle una lección en los campos de entrenamiento.

Fue duro, malvado y siendo honesto, me caía de la patada.

Pero sus enseñanzas me resultaron útiles.

Salvaron mi trasero más de cien veces y al final de sus días, cuando ya no podía ni pararse para ir a cagar, me acerqué al viejo y le di las gracias por todas las lecciones duras que me dejó durante mi juventud. Con esas últimas palabras de agradecimiento, el viejo partió de este mundo con una sonrisa descarada sobre sus labios.

Luego supe que ese bastardo había besado a una señorita noble un día antes. Y en los labios.

—Una tarde tranquila, ¿verdad? —La conversación con el nuevo sargento me regresó al presente, después de todo, no vine a los barracones para recordar el pasado.

—Todo está en orden, Sir Fred, ¿busca algún recluta o armamento en especial?

—No, solo he venido para entrenar un poco, nunca está de más algo de ejercicio, ¿podrías traerme una espada de madera?, por favor.

—Lo que usted ordene, señor.

El sargento trajo mi capricho: Una espada bastarda hecha totalmente de madera y también un yelmo de acero barato, ideal para sentir el peso sobre la cabeza. De inmediato, me coloqué en posición defensiva: Pierna derecha adelante, brazos hacia el frente y pierna izquierda detrás, la postura básica para cualquier espadachín, sin importar el estilo.

Luego, di un paso mientras soltaba un golpe descendente con todas mis fuerzas.

—Las técnicas básicas de esgrima, muy inteligente repasar lo básico, señor. —El sargento halagó mis movimientos no por compromiso, pues de lo contrario, habría bastado un golpe mediocre para impresionarlo. Este sujeto en verdad era un guerrero y como tal, estaba plenamente consciente de lo importante que eran las posturas básicas en el arte del esgrima, después de todo, el noventa por ciento de técnicas avanzadas provenían de las posturas más básicas.

—Mi anterior maestro de armas siempre me decía que lo básico era primordial para sobrevivir en un campo de batalla. Y luego de muchos años logré entender sus palabras, sargento, para cualquier actividad es necesario tener una base firme, que te permita maniobrar sobre la marcha

sin miedo a caer. Las técnicas de espada no son una excepción, para dominar mi esgrima relámpago tuve que entrenar por muchísimas horas las posturas básicas de bloqueo dos y tajo uno.

—Ya veo, el bloqueo dos se realiza cerca del pecho y el tajo uno es el más básico de todos, un golpe descendente hacia la cabeza del rival. Si no me equivoco, el estilo relámpago que usted desarrolló es veloz porque se encarga de cubrir poco terreno a una velocidad considerablemente alta. Por ejemplo... —El maestro de armas imitó mi postura con su propia espada de acero, el arma era ligeramente más pequeña que la mía, pero igual de dura y filosa como rayo —. Así, pegamos el mango de la espada a nuestro pecho y luego, a corta distancia... ¡Atacamos! —Y de inmediato, la hoja del sargento dibujó un arco descendente que cortó el aire a su alrededor, pero la combinación no terminó ahí, una vez efectuado el ataque, la cintura del sargento se movió levemente hacia la derecha, tomando el impulso suficiente para golpear con fuerza el costado derecho.

—Oh, inada mal, sargento!, ese es mi doble tajo relámpago, una técnica vieja pero que nunca me falló. Por algo sigo con vida. —Me sentí feliz por verlo realizar mis propias técnicas, si bien le enseñé mi estilo a casi toda la guarnición y obviamente, a mi familia, no todos lograron dominar mis técnicas a la perfección.

El estilo relámpago vivirá aún después de mi muerte.

—No ha sido sencillo, todavía no soy lo bastante rápido como usted, ¿dónde aprendió esos movimientos? —preguntó el sargento.

—Durante mis viajes como caballero tuve la oportunidad de visitar un reino entre las montañas donde los guerreros de alta cuna pelean con simples cotas de malla y la caballería es apenas existente. Para compensar la falta de poder y fuerza bruta, los espadachines locales estaban entrenando un estilo que les permitiese moverse rápido, derrotar al enemigo y de paso, prescindir de cualquier tipo de armadura pesada. Fue ahí donde entré yo con mis nociones básicas de esgrima, les comenté lo distintas que eran nuestras tácticas de combate, pues ellos se basaban más en penetrar la defensa del rival con puñaladas y yo, en cortar al enemigo con tajos pesados. Estuve cerca de cuatro años en ese reino, tiempo suficiente para crear un estilo incompleto y carente de visión a futuro, pero a cambio, le dimos bases muy sólidas. Ellos se quedaron con el estilo relámpago original y yo con una versión adaptada para los enemigos de nuestras tierras, para este punto, mi estilo y el de ellos son totalmente diferentes a simple vista, pero comparten los mismos principios: Postura firme, movimiento de pies y cadera de acuerdo al impacto y por supuesto, una zona de alcance pequeña.

Mi explicación fue un tanto larga, pero al sargento no le aburríó mi pequeño relato, sino todo lo contrario.

—Interesante, es una pena que su escuela personalizada de esgrima no haya tenido mucha popularidad por estas tierras. Acá predomina la esgrima del caballero pesado y la danza de cuchillos —comentó el sargento.

—No puedo culparlos, la esgrima del caballero pesado es un estilo demasiado completo, me atrevería a decir que es el estilo ideal para cualquier caballero acorazado, pues cubre las partes blandas de la armadura y también aprovecha su enorme fuerza como un arma extra. Sin embargo, mi versión personal del estilo relámpago tiene pocos elementos del caballero pesado. Por algo es una variante personal, que solamente la pueden aplicar mis parientes cercanos y miembros de la guarnición. Si viajas al reino de las montañas, encontrarás mis movimientos inútiles, pues está diseñado para pelear contra enemigos que usen nuestras armaduras.

—Una variante personal, usted es un genio del combate, Sir Fred.

—No lo soy, sargento, pero gracias por el cumplido.

Por desgracia, no podía jactarme de ser un verdadero maestro del combate, si bien, logré crear un estilo propio desde cero, no pude darle forma ni tampoco esencia. Mi edad no me permitió seguir experimentando, por ejemplo, tenía pensado usar el estilo con dos espadas cortas o utilizando escudo. También estaba dentro de mi mente la idea de emplear una daga de paradas para atacar y defender con mayor velocidad.

Frente a mí, había una gigantesca gama de posibilidades que no podré observar por mi cuenta. Sin embargo, estaba satisfecho conmigo mismo, una variante de combate no se perfeccionaba en una sola generación, serán mis hijos o mis nietos los encargados de llevar más allá el estilo relámpago. Yo solo fui el primer paso hacia la maestría.

—Seguiré con los ejercicios de rutina, puedes retirarte, sargento, yo mismo guardaré el equipo en la armería.

—Lo que usted ordene, Sir Fred. —El sargento se dio la vuelta y abandonó los barracones con su típico paso marcial, en seguida, continué con mis repeticiones para no perder mi condición física. Sin embargo, no pasaron ni veinte minutos para que un nuevo invitado llegase a ver mi entrenamiento. Solo que esta vez, yo esperaba su llegada.

—¿No deberías de estar entrenando técnicas más avanzadas?, lo básico puede hacerlo hasta un niño menor de diez años. —Héctor vino a los

barracones tal como predije, el chico siempre venía a estas horas para refinar su técnica y moverse mejor, como hijo del señor, tenía todo el derecho de usar el equipamiento de la armería sin ningún tipo de restricción. Beneficio que mi nieto aprovechó al máximo.

—Sin una base firme, el resto de técnicas no servirán, por más bonitas que se vean en combates de entrenamiento.

—Pero las bases no lo son todo, idebemos ir más allá!, siempre repites tus mismos ataques demasiadas veces, eso te hace predecible, abuelo.

—Menuda arrogancia, mi nieto aún mostraba signos de inmadurez, el simple hecho de llamar predecible a las bases de mi técnica, demostraba lo mucho que le faltaba recorrer en el camino marcial. Pero bueno, yo no era nadie para juzgarlo, a su edad era todavía más arrogante.

—Te equivocas, pequeño, sin una base firme tus demás técnicas no tendrán pies ni cabeza, no quieras empezar a correr sin antes caminar. Es más, ¿por qué no tienes un combate de entrenamiento conmigo, Héctor?, estoy seguro de que puedo enseñarte algunos trucos.

—¿Estás seguro, abuelo?, soy el mejor de todos los escuderos y mi velocidad supera por mucho a la tuya, además, no quiero lastimarte antes de tu gran día.

—Descuida, no tienes que preocuparte por mí, Héctor, ve por el equipo de entrenamiento y tengamos un combate limpio. —El joven rubio asintió con la cabeza y de inmediato, fue corriendo a la armería para equiparse con lo mismo que yo.

En el fondo, deseaba darle una lección a Héctor, pues tarde o temprano, alguien le haría ver la realidad de un combate a muerte. No dudaba de su talento, en cierto modo, mi nieto no mentía, su talento como escudero iba más allá de simples movimientos con la espada, me atrevería a decir que su fuerza y velocidad tenían el potencial de superarme en mi mejor momento.

—Ya estoy listo, abuelo. —Héctor se cambió demasiado rápido, el chico ya tenía listo el casco sobre su cabeza y la espada bastarda de madera.

—Muy bien, ¡a combatir!

La guardia de Héctor fue idéntica a la mía, el chico llevó la espada bastarda hacia el frente y colocó su pie derecho adelante y el izquierdo detrás. Yo mismo le enseñé esa postura, ¿acaso pensaba ganarme en mi propio juego?

Vi venir el primer espadazo hacia mi costado derecho, Héctor golpeó con toda la fuerza de su cintura y peso corporal, un tajo perfecto en el mejor

sentido técnico de la palabra. Sin embargo, la distancia que nos separaba era considerable, simplemente tuve que dar un pequeño paso hacia atrás para evadir el corte y éste, por lo consecuente, cortó el aire a su alrededor.

—Fallaste —susurré, Héctor dio un paso al frente y preparó una segunda ofensiva —. No lo harás. —Pero yo fui más rápido, antes de que mi nieto pudiese levantar su espada, me anticipé a su movimiento y bloqueé sus manos con el pomo de madera.

—¡Mierda! —Al no poder hacer nada, Héctor forcejeó conmigo para tratar de empujarme y así recuperar la distancia que maté.

—Ok, tú ganas. —Sin embargo, lo único que ganó en el forcejeo fue perder su propio balance, ya que dejé de hacer fuerza en el empuje y de inmediato, di un paso hacia la derecha. Héctor cayó al piso de cara y estuvo a nada de no poner las manos —. Ya estoy demasiado viejo para forcejeos de poder a poder —susurré, con un tono ligeramente burlón.

—Eso fue suerte, nada más. —Frustrado por no lograr nada en su ofensiva, mi nieto retomó la misma postura inicial, solo que en esta ocasión, no lanzó un ataque al azar —. Te demostraré que soy un guerrero digno.

—Ataca...

—¡Aquí voy! —Héctor lanzó una puñalada contra mi hombro derecho, a esta distancia, el chico se vio forzado a dar dos pasos antes de poder estar en su rango de alcance. Grave error, tuve hasta tiempo de sobra para desplazarme hacia la derecha y así, evadir su ataque sin mayores inconvenientes —. ¡Ingenuo! —Pero la combinación no terminó ahí, mi nieto imitó el giro de cadera que realizó también el sargento de armas hace un rato... ¡El doble corte!

La hoja de madera dibujó un arco de cuarenta y cinco grados en el aire, por lo tanto, me vi forzado a usar la espada bastarda para bloquear el impacto. Quería evitar el menor contacto entre nuestras armas, pero en esta ocasión me vi forzado a retroceder y volver a mi postura original.

—Nada mal —susurré, de inmediato, lancé un corte vertical contra las costillas de Héctor, pero mi nieto fácilmente bloqueó mi ofensiva y después, contraatacó empleando una estocada directa a mi estómago. Una jugada inteligente, en una batalla real, ambos contendientes estarían usando algún tipo de armadura, sea pesada o ligera y en los dos casos, una puñalada bien dada podía ser más devastadora que un corte. No obstante, esto cambiaba de acuerdo a las circunstancias del enemigo, por ejemplo, un caballero acorazado no tendría mayor problema en resistir cuatro cortes seguidos, pero un enemigo protegido solo con cuero curtido

probablemente caería al primer tajo. De igual modo, para un enemigo ligero no era muy sensato emplear tantas estocadas, pues quedaríamos en desventaja luego de ofrecer demasiado espacio.

Héctor estaba combatiendo bien.

Mi nieto asumió que los dos estábamos portando armaduras de placas y espadas bastardas, el equipamiento que cualquier guerrero noble emplearía en un duelo o el campo de batalla.

“Conoce a tu oponente”

Fue un consejo que le dije cuando recién empezaba a blandir la espada.

Y al parecer, él me conocía muy bien.

Nuestra batalla de entrenamiento prosiguió, Héctor dio un paso adelante y volvió a lanzar un corte descendente directo a mi hombro derecho. Rápidamente elevé mi espada para bloquear el ataque, luego, retrocedí tres pasos más y le di una abertura generosa para que continuara con otro movimiento.

Dios, este combate me traía recuerdos.

Combatí así con mi hijo cuando él estaba a nada de volverse un caballero, fue una buena memoria, le enseñé todos los fundamentos del estilo relámpago y le di mi bendición para usar a Juicio Final como arma personal. El hecho de ver el rostro de Lord Pedro reflejado en Héctor me hizo feliz, el hijo que con tanto esmero y amor crié había hecho un gran trabajo con su propio retoño.

De tal palo, tal astilla.

Y Lord Pedro no fue la excepción.

“Cuando yo no esté más en este mundo, será Lord Pedro, mi hijo, el encargado de guiarlos a todos. No como el señor del castillo, sino como el hombre más sabio y maduro al cual acudir para resolver un problema. Hice un gran trabajo con él, probablemente vengan muchos tiempos difíciles y momentos dolorosos en el futuro, pero su sabiduría y fortaleza protegerán a nuestra familia”

Ver el rostro decidido de mi nieto, tan valiente y tan lleno de vida, me hizo querer darle un abrazo en vez de un espadazo.

—Fallaste. —Su corte pasó de largo y el siguiente también, luego de un pequeño intercambio de golpes, decidí esquivar para no gastar energía innecesaria. No me agradaba del todo esta nueva forma de combatir, pero

a mi edad, el seguir chocando espadas como medida defensiva podría traer problemas a mis huesos y debilidad en mis ataques. Ya no era un jovencito para lanzar ataques a lo loco.

—¡El siguiente no fallará! —Por desgracia, volvió a fallar.

Héctor abusó de su superioridad atlética y física, pero yo no me dejé atrapar por ninguno de sus cortes y estocadas. La clave para esquivar sin problemas, era revisar el triángulo humano, es decir: Cabeza, hombro derecho y hombro izquierdo.

Con observar esos lugares podía fácilmente inferir el tipo de ataque realizado por el oponente, por ejemplo, si alzaba ambas manos al mismo tiempo y las colocaba justo encima de su cráneo, significaba que un tajo descendente vendría. Lo mismo pasaba si tensaba demasiado sus hombros y los inclinaba levemente hacia abajo, en ese caso, lo más evidente vendría siendo un corte ascendente o una estocada recta.

Claro, existían peleadores expertos capaces de engañar a sus rivales con fintas y movimientos falsos, pero Héctor no era uno de ellos. Todos sus golpes fueron evidentes, pues todavía no dominaba al cien por ciento las bases sólidas del estilo relámpago y la esgrima en general.

Por lo tanto, mi nieto no pudo conectar ni un golpe.

—Maldición, ¿por qué no puedo pegarte?, si soy más rápido —bufó Héctor.

—En una pelea no siempre gana el más fuerte o el más rápido, Héctor, tienes que ver más allá de lo que sientes. Yo soy tu oponente ahora, ¿cómo vas a superar mi experiencia y habilidad?, llevo entrenando muchos años, más de los que tu padre ha vivido. Tu única ventaja es física, no mental... —Me puse en una posición defensiva, pues no deseaba humillar a Héctor tan feo, mi único objetivo hoy, era enseñarle unas cuantas lecciones —. Pero ni siquiera la experiencia te da la victoria segura, no existe un método que siempre funcione, hay muchas variables que puedes usar a tu favor para cambiar el rumbo de un combate.

— ¿Y esas cuáles son?, ¿cómo puedo saber cuál es la forma correcta de pelear?

—Piensa bien, ¿cómo vencerías a Sir Fred?, lo tengo todo a mi favor, mejor postura, mejor habilidad y más experiencia. ¿Cómo puedes aprovechar tus ventajas?, piensa por ti mismo, no quieras obtener siempre una respuesta fácil por parte de otra persona, pues no siempre habrá alguien disponible para ayudarte. —En realidad, la solución a su problema era bastante fácil de ver para mí, pero no para Héctor. Su rostro lleno de dudas y pensamientos no encontró una respuesta ideal, por lo

tanto, di un paso al frente y lancé una estocada contra su frente —. ¡No te descuides!

La hoja de madera impactó su casco levemente, tampoco le pegué con mucha fuerza, solo la suficiente para hacerlo entrar en razón.

—Rayos, debe haber una manera de superarte... —Héctor volvió a lanzar una serie de cortes y estocadas veloces, todas ellas con la mera intención de conectar al menos un golpe. Su hoja bailaba una danza desesperada, sus pasos apenas podían llamarse movimientos marciales, en su calor juvenil, Héctor se dejó llevar por la frustración de no poder tocar a un anciano con dolores de espalda.

Pero de nada sirvió, mi habilidad para evadir no era la gran cosa físicamente, solo debía desplazarme de izquierda a derecha y ocasionalmente, hacia atrás. Pero hechos en el momento oportuno, cualquiera podría pensar que mi velocidad superaba a la de Héctor.

Una simple ilusión.

En realidad, Héctor era tres veces más rápido que yo.

— ¿Qué pasa, ya te cansaste?

—En lo absoluto —respondió mi nieto, con evidente cansancio.

Caminamos en círculos por medio minuto, dejé que Héctor recuperase el aliento, pues quería ver cómo solucionaba este problema. La ventaja de los entrenamientos era que no había obligación urgente de obtener la victoria, a diferencia de un combate real, donde las posibilidades de sobrevivir disminuían conforme pasaban los segundos.

“Vamos, nieto mío, usa la cabeza y explota las capacidades de tu talento. Eres muy bueno, solo tienes que darte cuenta”

De repente, una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Creo que tengo la respuesta, abuelo, ¡te llegó la hora de perder!

—Contra todo pronóstico, Héctor sujetó la hoja de madera en el centro con ambas manos, luego, dio un paso hacia el frente mientras flexionaba la rodilla derecha —. ¡Estilo relámpago: Martillo! —Y entonces, mi nieto giró la hoja hacia arriba y atacó empleando el pomo como la cabeza de un mazo.

Di un paso hacia atrás para evadirlo, pero luego noté la verdadera intención de su ataque.

“Nada mal, pequeño rufián”

Una vez que su primer impacto pasó de largo, Héctor sujetó con la mano izquierda el mango y con la derecha, el borde superior sin tocar el filo. Gracias a la fuerza del golpe no tuvo mayor problema en girar el arma entera y luego, lanzar una estocada directo a mi cuello. Todo esto en un margen menor de 3 segundos.

Una velocidad indicada para ser parte del estilo relámpago.

—Nada mal... —susurré, para su desgracia, mi habilidad con la espada era superior, en cuanto vi venir la punta de la espada me desplacé hacia la derecha y luego, di un golpe descendente hacia el centro de su espada, rompiendo de ese modo la gravedad de su agarre y desarmándolo en el acto —. Pero el abuelo gana esta ronda, pequeño.

—Oh, maldición, parece que todavía no puedo alcanzarte, abuelo... —Mi nieto se vio algo decepcionado por el resultado y era de esperarse, en su joven mente, el pobre muchacho realmente pensó que tenía posibilidad de vencer a este viejo caballero.

—De todos modos, ese último ataque me tomó desprevenido, cualquier enemigo menos experimentado habría caído en la trampa. ¿Cómo se te ocurrió, Héctor?, tengo curiosidad.

—Eres un guerrero veterano, abuelo, has dominado muchas técnicas y enfrentado a diversos oponentes en tu vida. Todo tu poder se basa en tus experiencias y memorias, por lo tanto, atacarte con movimientos que conoces a la perfección no tiene caso. Así que improvisé, si mi mayor ventaja sobre ti es física, entonces solo debía crear un movimiento nuevo, algo que no te esperabas y que jamás hayas visto en tus años como peleador. De ese modo pensé en reducir la brecha que nos separaba, pero no funcionó, tu instinto de guerrero supera por mucho al mío.

—Aun así, no fue una mala idea.

—Hey, abuelo, ¿en verdad tienes qué ser tú? —De la nada, la voz firme de Héctor desapareció por completo, ya no miraba al habilidoso espadachín que luchó conmigo hace unos segundos, sino al pequeño niño que antes solía ocultarse conmigo para no tener que recibir los regaños de su padre.

—Ay, pequeño nieto, ¿es esto lo que te preocupaba? —cuestioné, con la voz más amable que mis cansadas cuerdas lograron recitar.

—C-Creí que si ganaba la pelea podría tomar tu lugar en el duelo, pero veo que no es así, nuestras habilidades son muy diferentes. Yo no sería capaz de vencer al campeón de los enemigos, ni siquiera le serviría como

calentamiento. Odio reconocerlo, pero no puedo hacer nada para ayudarte, abuelo...

—En eso te equivocas, nieto, quizá no lo puedas comprender ahora mismo, pero no sabes lo bien que me sentí cuando realizaste ese movimiento. Escucha, le he dedicado mi vida entera al arte de la espada, pero las vidas humanas son cortas, para crear el estilo perfecto se necesitan años de perfeccionamiento. Es un lapso que dura generaciones... Aun si logro ganar el duelo contra el campeón contrario, es muy probable que ya no me alcance la vida para seguir perfeccionando nuestra variante del estilo relámpago. Te seré sincero, Héctor, desde hace algún tiempo me he sentido inseguro conmigo mismo, ¿son fuertes las bases que les dejé?, ¿estarán bien una vez que me vaya de este mundo?, así como los estilos de esgrima evolucionan, también lo hacen las personas. El tiempo avanza y no se detendrá jamás, no importa cuanto lo intentemos, si nos aferramos demasiado al pasado, seremos atrapados por un laberinto de memorias que no tendrá final. —Hice una pausa para tomar un poco de aire, posteriormente, le dibujé una sonrisa calmada para mostrar mi punto de vista—. Pero al verte ejecutar ese ataque nuevo, sentí como si el estilo relámpago hubiese dado un paso adelante sin mi ayuda, eventualmente crecerás y dominarás mi arte, te volverás un adulto responsable y enseñarás lo que aprendiste a las futuras generaciones. Mi papel en este ciclo pronto terminará, lo quiera o no, nuestras vidas no son eternas.

—No quiero entenderlo, abuelo, en verdad no quiero entender tus palabras, ¿por qué hablas como si fueses a perder?, ¿acaso estás diciendo que no podrás derrotar al enemigo?

—Oh, en eso te equivocas, Héctor, ¡estás muy equivocado! —exclamé—. Podré estar viejo y reflexivo, pero también soy un caballero, un guerrero entrenado al máximo para defender el honor de nuestra familia. No me malinterpretes, quiero ganar. —Estos eran mis verdaderos sentimientos, ningún idiota arrojaría su vida sin antes dar una pelea digna de leyenda.

Estos pensamientos de muerte y paz eran solo porque ya no me quedaban muchas cosas por hacer. O al menos, eso deseaba pensar, en el fondo, quería quedarme vivo un poco más, deseaba ver casado a mi nieto y descubrir una última técnica maestra que heredar a mis sucesores.

—¡Entonces gana! —gritó mi nieto con determinación—. Gana y sigue entrenándome para volverme un maestro espadachín, ¿lo prometes?

—Sí, lo prometo. —No debería estar haciendo promesas que podría no cumplir, pero estaba seguro de que si no se lo prometía, Héctor acabaría por juzgarse a sí mismo con mucha dureza.

—Bien, ahora debo volver al castillo, tengo lecciones nocturnas con los escribas y a decir verdad, no quiero ir. —Héctor se dio la vuelta

rápidamente y luego corrió hacia la armería para guardar su equipo, después, volvió a los barracones en tiempo record para despedirse de mí.

—Suerte en las lecciones —comenté.

—Gracias, ¡hablamos después! —Menuda energía, hace menos de diez minutos lucía cansado y jadeante.

"Esta juventud si que tiene buen aguante"

Capítulo 8

Capítulo 7: Palabras vienen, palabras van.

Nunca fui un fanático de la corte.

A decir verdad, jamás me consideré a mí mismo como un buen orador, decía las palabras correctas y nada más. La gran mayoría de mis problemas los solucioné con la fuerza de mi espada o la pasión de mi corazón.

Dicho de otro modo, me consideraba un hombre sencillo, alguien cuya lengua no era más que otra extensión más de su cuerpo. Estuve rodeado de buenos diplomáticos durante mi mandato, confiaba en ellos y ellos confiaban en mí, después de todo, se prepararon toda la vida para servir a la corte.

¿Por qué dudar de un profesional entrenado?

Algunas personas nacían para combatir, otras, para negociar.

Por desgracia, no siempre se tenía al hombre indicado en el puesto ideal, por ejemplo, muchos de mis generales y señores menores no estaban bien educados en el arte de la guerra. Se les daba de maravilla blandir la espada, pero a la hora de planear, no eran más listos que un mozo de cuadra.

Lo mismo se podría decir de la población común, casos de herreros que deseaban ser soldados y soldados que deseaban ser herreros se escuchaban por todo el feudo. Los sueños no siempre podían volverse realidad, esta barrera invisible que separaba al éxito del fracaso era más delgada de lo que uno podría imaginar.

—No tiene caso darle más vueltas —susurré, por mi mente pasó la idea de visitar la corte de Lord Pedro, pero luego de pensarlo mejor decidí no hacerlo, ya había tenido años escuchando las quejas de mis caballeros y comerciantes por casi tres décadas, merecía un buen descanso de tanto comentario estúpido. No me agradaba insultar a los campesinos o personas bajo la protección del feudo, ellos vivían sin muchos conocimientos, la gran mayoría no podía leer o escribir, mucho menos blandir una espada con algo de eficiencia.

No obstante, la ignorancia no era excusa para la estupidez.

Si me dieran una moneda por cada petición absurda que llegaba a mis

oídos, ya sería el rey de estas tierras.

¡Un poco de cultura general jamás mató a nadie!

—Nada como una tarde en los pasillos del castillo. —La actividad del recinto era constante, decenas de criados caminaban con prisa para atender a los altos dirigentes del feudo.

Para mi buena fortuna, casi no habían criados en la sala de estudios, lugar donde los antiguos señores del Castillo Marea guardaban sus pergaminos y libros antiguos. Si bien durante mi juventud no fui un lector aficionado, con el paso del tiempo le gané cariño a estos conocimientos que muy pocas personas en este mundo tenían la dicha de apreciar.

El lugar desprendía un olor a cuero mojado y madera sucia, a mi alrededor, enormes estanterías de archivos yacían adornando la vista de este sitio sombrío. El encargado de la biblioteca era un anciano mayor que yo, de hombros caídos y cabeza calva, vestía una túnica negra que contrastaba con lo pálido de su piel.

A lado de ese hombre, me sentía como un niño otra vez.

Recogí un libro de historia viejo, uno que usaban para educar a los niños acerca del tiempo y el legado de nuestro reino. Sin embargo, su contenido se quedaba corto, pues solo narraba sucesos importantes del Castillo Marea y para colmo, su información ya tenía doscientos años de edad.

En sus páginas leí las grandes aventuras de mis antepasados, por ejemplo, Lord Jorge tuvo que resistir un asedio que duró cincuenta días y cincuenta noches, armado solo con lanzas viejas y piedras que tiraban de los muros interiores. El libro mostraba al señor del castillo como un gran estratega y guerrero, pues logró resistir ante una fuerza mayor hasta la llegada de los refuerzos del rey.

El castillo estuvo en manos de muchos reyes, pero mi familia siempre ha tenido posesión de este feudo desde hace ya quinientos años. Sin importar quien sea el hombre detrás del trono, el Castillo Marea jamás ha dejado de ser nuestra propiedad.

Este libro contenía demasiadas guerras, demasiadas batallas, todo un mundo de conspiraciones que jamás terminaron, ni siquiera en tiempos actuales.

¿Y que dejaron ellos?

Solo un montón de rencores que seguirán atormentando a mis

descendientes.

Como pensé anteriormente, la historia me juzgará, todavía no se escribía ningún libro ni crónicas de las guerras donde me tocó pelear, probablemente un escriba las esté narrando en este momento. ¿Y qué dirán de mí?, el famoso Sir Fred, caballero relámpago cuya espada se movía como el rayo en plena lluvia.

Por un lado, me tocó formar parte de la historia.

Las futuras generaciones hablarán sobre mí como el creador de la variante relámpago y también como un señor justo, que jamás cedió ante la adversidad y el placer. Sin embargo, los enemigos del rey no tendrán un trato tan especial, a lo mucho, me reconocerán como un adversario digno, pero de ahí no me sorprendería que me llamaran conquistador, perro del rey, asesino y monstruo.

De todos modos, no podía negarlo.

—La guerra jamás terminará —murmuré, mi paso por este mundo no fue corto ni sencillo, estuve involucrado en diferentes conflictos, maté a muchas personas por el código de la caballería y serví lo mejor que pude a nuestro rey. Como señor tampoco lo hice mal, mi gente jamás pasó hambre y las leyes se cumplieron al pie de la letra.

Aquello debería ser suficiente para irme en paz.

No obstante, luego de leer toda la historia del Castillo Marea, me di cuenta de que mi vida solo fue un capítulo más en estas crónicas tan largas que parecen infinitas.

Todas las batallas, el dolor, el sufrimiento y las alegrías que viví, solo serán dos páginas más en un libro tan extenso que probablemente, muy pocas personas lo tomarán como algo importante. ¿Cuánto dolor no sufrió Lord Jorge en su asedio?

El libro no relató su desesperación, ni el hambre que debió sentir al verse rodeado de enemigos. De igual forma, los niños del futuro jamás imaginarán el horror que pasé cuando cargamos contra los reinos del norte, las crónicas no relataban a la perfección el sonido de los caballos, el frío de las espadas y el aroma a la muerte.

No, nada ni nadie podía plasmarlo, ni siquiera yo.

Respiré profundamente luego de leer cinco páginas más.

Los nombres de señores olvidados y damas muertas hace más de dos siglos, me provocaron cierta tristeza. No por el miedo a morir y ser

olvidado, sino por algo más profundo, un sentimiento que me era muy difícil de explicar.

Luego de haber vivido poco más de medio siglo, parte de mí deseaba saber algunas respuestas...

¿Por qué motivo venimos al mundo?

¿Cuál era el significado de la vida?

Naturalmente, jamás tendré las respuestas, quizá nadie más las tenga, después de todo, ¿qué sentido tendría vivir sabiendo todo eso desde un inicio?

Un mundo sin misterios era tan aterrador como una vida repleta de ellos.

De nuevo, menuda contradicción.

Este mundo estaba lleno de contradicciones, verdades a medias cuyas palabras se las llevaba el viento. Ni siquiera la misma caballería estaba a salvo.

—El mes del caballero —susurré, entonces, pedí una pluma y unos cuantos trozos de papel que amablemente me fueron ofrecidos por el encargado. Luego, comencé a escribir unas cuantas memorias y reflexiones que tuve en este mes.

Tener a la muerte tan cerca y con mi mente calmada, me permitió expresar todos mis pensamientos.

"La vida es corta si la disfrutas, larga si vives infeliz"

"En este mes, he podido entender muchas cosas que antes pasaban de largo, hay tantos sucesos que deseo plasmar en este papel, pero la tinta y el espacio dicen lo contrario. Somos solo un capítulo en la historia universal de este gran reino, pequeños pasajes a nivel mundial, pero al mismo tiempo, nuestras vidas son historias por sí mismas. Unas mejores que otras, pero ninguna carente de significado"

"El mes del caballero solo se vive una vez, a lo largo de toda una vida"

Mis palabras no parecían tener mucho sentido, tampoco me consideraba un experto con las letras y la escritura, simplemente puse el contenido de mi corazón. Mencioné también a mis nietos, hijos y amigos vivos, personas que probablemente leerán esto y lo pasaran como una muestra de sabiduría a las generaciones futuras.

—Tampoco es que las palabras de un viejo caballero sean de gran importancia.

Junté las hojas de papel en un pequeño monte, luego, abandoné el lugar con la mirada llena de pensamientos irrelevantes. El mes estaba a punto de llegar a su fin.

Viví estos días en paz, rodeado de mis seres amados y gozando hasta el último segundo de mis acciones. No tenía arrepentimientos, solo una promesa por cumplir a Héctor y por supuesto, pensaba ganar la pelea.

¿Qué clase de caballero sería si admitía la derrota?

Capítulo 9

Capítulo 8: Mi hermosa familia

Lord Pedro decidió hacer un pequeño banquete el día antes del duelo.

Solo mis parientes cercanos fueron invitados, la ceremonia resultó ser más informal de lo que pensé. Nadie trajo consigo caros jubones ni capas plateadas, vinieron portando ropas simples, carentes de lujos y apariencias falsas.

Porque esto no se trataba de buscar poder ni influencias, sino de pasar un rato agradable con la familia. Lord Pedro tomó asiento en la parte superior de la mesa, a su lado, yacía su esposa, una mujer de cabello negro y mirada recta que a veces, me daba mala espina.

Su nombre era Violeta y como todas las familias nobles, también fue un matrimonio arreglado. En ellos no había pasión ni romance, solo la fría capa del deber y por lo mismo, Violeta nunca se presentaba en eventos donde no la llamaban y Lord Pedro de igual modo, evitaba pasar tiempo con su esposa.

No podía culparlos.

Ambos tomaron sus responsabilidades familiares con madurez.

En este mundo, no todas las personas podían vivir romances como el mío.

Más atrás, en el centro de la mesa y sus alrededores, mis otros hijos tomaron sus respectivos lugares. A pesar de las sonrisas y los comentarios amistosos, existía cierta tensión en el ambiente, probablemente por el duelo de mañana y las dificultades que vendrán después del combate.

Y hasta el final, en una mesa separada, los nietos convivían sin ninguna preocupación, salvo Héctor, todos ellos aprovecharon la oportunidad para comer mucho, jugar en los pasillos y comentar chismes. Cuanta envidia me daban, ojalá los adultos fueran como ellos.

Sus miradas preocupadas y llenas de miedo me arruinaron el apetito, quería verlos sonreír, pasar un momento agradable para irme a dormir con una sonrisa. Nada podíamos hacer para evitar el combate de mañana, darle vueltas a un asunto imposible no me pareció muy correcto.

Mi lugar estaba a la mano izquierda de Lord Pedro, un sitio de muy alto honor que pocas veces era usado en banquetes serios, mucho menos

informales. Llegué vestido con un jubón sencillo de piel y unos pantalones cafés, vestimentas clásicas que me permitían caminar por el castillo sin sudar o cansarme.

—Nada como pasar un tiempo agradable con la familia, nosotros somos los líderes del Castillo Marea, ¡debemos estar unidos! —exclamó mi hijo con voz amable, a pesar de sus buenas intenciones, el resto de la familia simplemente asintió sin verse entusiasmados, los únicos que le siguieron la corriente fueron los niños que nada sabían del incidente.

— ¿Y qué vamos a comer, padre? —Héctor trató de ayudarlo a romper el hielo, su sonrisa amigable y servicial fue una muestra de madurez, pues él mismo me vio luchar en nuestro pequeño entrenamiento.

—Nada muy ostentoso, pero no por ello menos delicioso. —Tras decir aquellas palabras, cuatro sirvientes entraron a la habitación cargando enormes charolas repletas de comida. Mi nariz detectó rápidamente el olor a carne recién asada, papas del campo vecino, verduras al vapor, pancetas calientitas y vino de nuestras reservas.

—Nada mal, nada mal —susurró Héctor —. Es hora de comer.

—Espera un momento, hijo, creo que tu abuelo tiene unas palabras que decir a la familia, ¿no es así?

—Eh... Bueno. —Ciertamente no deseaba decir nada, ya les había dicho todo lo que debía decirles en este último mes e incluso antes, cuando gozaba de mi tan merecido retiro.

—Vamos a escucharlo —murmuró Violeta, con esa formalidad que tanto la caracterizó.

¿Qué podía decirles un día antes de mi tan esperado duelo?

—Nuestra familia ha sido regente de este castillo desde hace generaciones, defendimos estas tierras de los peores conquistadores que han existido y lo que haré no será la excepción, soy un caballero como mis antepasados. A ustedes no tengo nada más que decirles, ya los he entrenado en las armas, les he enseñado trucos para la corte y también les di todo el amor que un hombre puede dar. Pase lo que pase, ustedes seguirán acá. —Me quedé callado antes de volver a tomar una copa de vino, mis familiares dieron un aplauso silencioso que mas bien parecía un cortejo fúnebre.

No fue la reacción que esperaba, pero al menos les di a entender mi punto de vista.

Al verlos de cerca, con sus miradas preocupadas y expresiones tristes, no pude evitar sonreír con nostalgia. La sangre era algo especial, los lazos que nos unían estaban más allá de una explicación aparente.

¿Qué significaba realmente la familia?

¿Era la sangre realmente importante a la hora de formar lazos con las personas?

En todos mis años, formé amistades y relaciones con distintas personas, pero ninguna fue tan profunda como los lazos de sangre que compartía con ellos, con mi familia.

El banquete continuó en silencio, sin embargo, en la mesa de los nietos las cosas eran muy diferentes. Héctor les contaba a los más pequeños algunos trucos para mejorar el estilo relámpago, en sí eran solo fanfarronadas que inventó para que sus primos lo vieran con admiración, pero entre tanta mentira podía haber algo de verdad, una sombra que no podíamos ver por nuestra edad o simplemente, por el miedo a inventar cosas nuevas.

En unos años, esos pequeños ocuparán estos asientos y mi hijo será el siguiente señor retirado. Así como el paso de las estaciones, nuestras vidas transcurren poco a poco, en un campo de experiencias que nos permite apreciar la existencia que nos otorgó el creador.

—Que bonita es mi familia —susurré, sin que nadie se diese cuenta.

Sin importar lo que pase mañana, mi amor por ellos será eterno.

En este mes del caballero, he aprendido que no había nada más importante que el amor, ya sea romántico, hacia los ideales o la familia. Una vida sin amor, no era diferente a la muerte.

Y así, entre pláticas silenciosas y gritos infantiles, el banquete llegó a su fin.

Capítulo 10

Capítulo 9: Preparación definitiva

El amanecer llegó con el canto de los gallos.

Me levanté de la cama a las ocho de la mañana, posteriormente, caminé hacia la cocina para tomar un desayuno ligero, huevos estrellados con jamón seco, una comida que había estado probando desde mi retiro de la guerra. El castillo lucía tranquilo, nadie podría suponer que en unas horas, un duelo a muerte se llevaría a cabo.

Para bajar la comida decidí dar una última vuelta al jardín del castillo, en esta ocasión nadie me saludó, los trabajadores continuaron sus labores sin voltearme a ver, seguramente pensaron que necesitaba tiempo a solas. Y no se equivocaban, hasta ahora, había evitado pensar en el desafío lo más que pude, pero ahora, a tan poco tiempo del combate, no pude evitar sentirme algo nervioso.

No por el miedo a morir.

Sino todo lo contrario, a pesar de mi edad y apariencia, seguía siendo un caballero y como tal, no podía evitar emocionarme a la hora de un combate honorable.

Mi estómago empezó a sentir la adrenalina del encuentro y mi cabeza ya pensaba en miles de estrategias para combatir. No conocía a mi oponente, pero ellos sí me conocían a mí, pues yo mismo me ofrecí como campeón para solucionar esta disputa.

El paseo terminó al filo de las once de la mañana, luego, caminé hacia la armería para alistar mi equipamiento. El combate se llevará a cabo en la arena de juicios perteneciente al Castillo Marea, decidimos hacerlo aquí en el transcurso del mes, pues la familia rival consideró prudente que no me moviera mucho para no llegar cansado al duelo.

Al menos no podía culparlos de tramposos o malvados, esto era una simple medida política entre señores y reyes, en realidad, no había enemistad entre nuestras familias, a pesar de los insultos y discusiones que hubo para llegar a esto. Así era la vida política de los nobles y probablemente, no cambiará en los siglos venideros.

—Ya es hora de empezar. —Una vez dentro de la armería empecé a colocarme un gambesón rojo recién bordado, debido a lo apresurado del encuentro, no hubo tiempo de colocar la heráldica de mi familia. De todos

modos, me pondré la armadura encima.

Luego del gambesón pasé a ponerme unas pequeñas calzas amarillas sobre mis piernas, eran de lana cómoda y reconfortante, ideales para mantener el futuro acero cerca de mi piel desnuda. En ese instante, un pequeño escudero entró a la armería con el resto de mi equipo, el pequeño debía tener cerca de catorce años, su mirada nerviosa y piel morena me recordaron bastante a los reinos sureños, lugares donde ese tipo de piel era común.

—He venido para ayudarlo con la armadura, señor.

—Gracias, pequeño, ¿cómo te llamas? —cuestioné.

—Antonio —contestó el morenito, a juzgar por su timidez, seguro era la primera vez que se dirigía a un miembro de la alta nobleza.

—Oh, Antonio, ¿a qué familia perteneces?

—La familia López, señor, mi padre fue nombrado caballero cuando se distinguió en una escaramuza contra unos asaltantes de caminos. Salvó a la hija de un noble y por ende, el padre de la chica lo nombró caballero.

—Ya veo, Antonio, entonces tu linaje apenas está empezando, te espera un camino duro pero no desesperes, la vida recompensa a los que se esfuerzan. La sangre no lo es todo, sino el hombre que la porta.

—Muchas gracias por sus palabras, señor, las atesoraré siempre. —Al menos este pequeño era educado, amable y por lo poco que pude ver en su semblante, también fue criado con amor.

En fin.

Luego de ponerme el gambesón y las calzas, pasé a las calcetas pequeñas para cubrir mis pies y luego, a la cofia blanda sobre mi cabeza. En el pasado no me gustaba usar esta prenda, ya que los yelmos tenían un interior acolchonado para no tener que sufrir por el calor ni tocar el metal a pleno sol, pero a mi edad, cuanto más acolchonado estuviese, mejor.

Como nota personal, ni Héctor ni Lord Pedro usaban cofias en sus respectivas armaduras.

—La edad no perdona —susurré, mientras terminaba de amarrarme la cofia.

Pude colocarme sin ayuda la parte superior de la cota de malla, la prenda estaba compuesta por pequeños anillos de acero entrelazados entre sí, me

la puse como si fuera una camisa y dicha prenda me llegó hasta por debajo de la cintura. Los anillos me protegían el torso, el cuello y el inicio de mis piernas. De inmediato, pasé al siguiente conjunto de la armadura, las calcetas de malla.

Lo siguiente fue la parte más molesta: El peto de acero, esta parte de la armadura era bastante difícil de colocar con una sola persona, por ende, la mayoría de los escuderos sabían como poner y quitar las armaduras a sus respectivos mentores, de ese modo, aprendían ellos a colocarse las armaduras por su propia cuenta.

En el pasado, podía colocarme toda la armadura sin mayor ayuda, pero aquellos tiempos terminaron hace ya dos décadas.

Antonio amarró los cordeles metálicos del arnés, luego me pasó las hombreras de placas para que yo mismo pudiese acomodarlas a mi gusto. El proceso fue algo lento, pero tampoco tenía mucha prisa por terminar, total, estábamos en mi castillo y yo mismo decidía la hora en que podía presentarme. Claro, tampoco deseaba faltarle el respeto a mi oponente, por lo tanto, evité distracciones innecesarias. Para finalizar, me puse unas grebas de acero por encima de las calzas de tela y malla, de paso, me serviría también como bota improvisada.

Mi vieja armadura de placas era de color plateado, sin ninguna heráldica ni marca que la distinguiese de las otras. No me gustaban las armaduras bordadas ni repletas de grabados hermosos, pues no me gustaba dañar tan bonitas piezas de arte en combates sangrientos que normalmente, acababan con la armadura hecha mierda.

No obstante, a Lord Pedro y mi nieto Héctor, sí que les encantaban las armaduras decoradas y de colores brillantes. En fin, cada persona tenía sus gustos y yo no era nadie para juzgarlos.

—Ya casi terminamos, señor. —El pequeño escudero terminó de limpiar a Rayo, la espada bastarda que tantos años me acompañó en batalla —. ¿Le paso un escudo?

—No, gracias, ya no poseo tanta fuerza para soportar el peso de un escudo por tiempos prolongados, usaré solo mi talento con la espada.

Si bien podía escoger una espada corta para emplear mi escudo heráldico, preferí combatir usando mi mejor talento: La espada bastarda, su peso ligeramente mayor hacía gran diferencia al momento de intercambiar golpes contra un adversario igualmente acorazado.

—Combatir con un escudo limita tus movimientos de ataque, pero te

mantiene vivo más tiempo —comentó Antonio.

—No te creas, Antonio, un escudo puede ser un arma peligrosa si lo sabes emplear bien, el único motivo por el cual no lo uso, es porque no deseo utilizar una espada corta. En mis mejores tiempos habría sido pan comido, pero ya no tengo treinta años.

—Lo entiendo, señor, entonces ya está todo listo.

—Me llevaré el yelmo en la mano, es de buena educación ver a tu oponente a los ojos antes de empezar. Gracias por tu trabajo, ya te puedes ir. —Antonio se retiró con una educada reverencia, luego, guardé a Rayo en su funda y me la coloqué sobre el cinturón de cuero. En mi mano diestra llevé el yelmo de acero que tantos años usé, desde que fui nombrado caballero.

El yelmo tenía una celada que podía abrirse y cerrarse a voluntad, muy distinto al gran yelmo que Lord Pedro y Héctor usaban, el cual solo tenía un visor independiente. No obstante y según palabras de mi curioso nieto, el gran yelmo imponía más respeto e intimidaba con demasiada brutalidad.

Y aunque no lo parezca, la guerra psicológica muchas veces daba más victorias que los combates reales.

—No sé de donde heredó los gustos mi hijo —susurré, al hacerlo, una pequeña sonrisa se dibujó sobre mis labios. Con tan solo ver nuestros yelmos, cualquiera podría darse cuenta de nuestras personalidades.

“Ya es momento de irme”

El sonido de la armadura al caminar me trajo de vuelta a la realidad.

Conforme avanzaba, pude ver como los sirvientes me soltaban pequeñas plegarias de victoria, una señal de que no confiaban del todo en mis habilidades. Y no podía culparlos, ¿cuántas posibilidades tenía un guerrero veterano contra un caballero en la flor de su vida?

Había caminado por estos pasillos por toda mi vida, pero ahora, el trayecto se me hizo más largo de lo normal.

Cada piedra, árbol y pintura me parecía cada vez más lejano.

Como un susurro del viento que se iba alejando conforme mis pasos consumían los recuerdos.

Y entonces, finalmente llegué, la arena de combate fue construida por mis antepasados me dio la bienvenida. En las gradas, yacían mis

familiares cercanos y otros señores menores que vinieron a ver el final del conflicto.

Lord Pedro y Lord Arturo ocuparon los puestos de honor en el palco central, debajo de ellos, un emisario neutral se presentó para dar formalidad al duelo. El hombre tenía la cabeza calva y era obeso, vestía un jubón apretado y calzas negras, la verdad, me pareció un tipo gracioso, pero no podía reírme frente a otros señores.

“No conozco a ninguno de ellos”

Ningún señor que reinó durante mi tiempo sobrevivió al paso del tiempo, la gran mayoría falleció o vivían en el retiro justo como yo. Al verme pasar, los presentes se pusieron de pie en señal de respeto, segundos más tarde, mi adversario por fin hizo acto de presencia.

Como esperaba, era un joven de aproximadamente veintiocho años de edad, de complexión poderosa y hombros anchos, tenía la piel morena y el rostro lleno de heridas producto de muchas batallas. Estaba en la flor de la vida, poseía tanto experiencia, como potencia física, la edad ideal para un guerrero.

Portaba una armadura de placas café, sin heráldicas ni distinciones especiales, justo como yo. No obstante, en su mano derecha llevaba un escudo de acero negro y sobre su cinturón de cuero, yacía una espada bastarda de calidad inferior a Rayo.

A juzgar por su complexión física y armamento, este hombre debía ser un practicante de la esgrima del caballero.

—No es nada personal, viejo, si te mato ahora me harán miembro de la familia y perderé el rango de bastardo. Mis hijos ya no serán nobles de baja cuna, sino aspirantes a señores, por lo tanto, ¡no puedo perder aquí! —exclamó, mientras se colocaba su yelmo.

A diferencia del mío, el yelmo del bastardo no tenía visor y funcionaba más como un casco que solo protegía su cráneo, nariz y frente. Sacrificó la protección de la cabeza por mayor visibilidad, una jugada que no me parecía del todo correcta.

—Vaya, mandar a un bastardo para este combate fue una elección correcta. Lo lamento, muchacho, tampoco tengo nada en contra tuya, luchemos como verdaderos caballeros y dejemos que el destino decida quién merece la victoria. —Le ofrecí mi mano al muchacho y éste gustosamente la aceptó.

—Me parece bien, ¿cómo te llamas, viejo caballero?

—Sir Fred, ¿y tú?

—Sir Ricardo, Caballero del Escudo Negro. —Luego de estrecharnos la mano caminamos hacia el centro de la arena, entonces, el emisario elevó sus dos manos hacia el cielo.

—Atención, por favor, estoy aquí para dar fe al resultado del encuentro a las dos coronas, pase lo que pase, nadie puede evitar que diga la verdad en un plazo menor a seis semanas, de lo contrario, mi silencio podría interpretarse como un casus belli. En fin, representando al Castillo Marea, está Sir Fred, antiguo señor del castillo y por otro lado, Sir Ricardo, Caballero del Escudo Negro, hijo bastardo del señor de Teresa. Ambos peleadores son parientes de sangre de los actuales señores, por lo tanto, el duelo se considera valido para las dos coronas. ¿Algo que decir?

—Ningún presente hizo alguna declaración, por lo tanto, elevé mi mano diestra para pedir la palabra —. Sir Fred, ¿qué necesita?

—Sin rencores ni pesares, esto será un duelo entre honorables caballeros.

—En efecto, Sir Fred. —No me desagradaba este muchacho, de habernos conocido en situaciones diferentes habríamos sido amigos.

Una pena que nos tocó ser peones de un sistema justo, pero cruel; mejor dos muertes que cientos de cadáveres tirados por el campo de batalla.

—Muy bien, diré unas cuantas cosas más. —El emisario elevó el tono de su voz para que los demás presentes pudiesen escucharlo, por fortuna, los niños no fueron invitados a este duelo, salvo por Héctor —. Si la espada de cualquier combatiente cae al suelo, tienen permitido seguir atacando hasta matar al oponente, pero si llega a romperse, el contrincante deberá esperar a que su adversario tome un arma de reemplazo. Los escudos son la excepción, si uno de ellos se rompe, no podrán cambiarlo durante la batalla, ¿alguna duda?

—No, señor emisario —respondimos al mismo tiempo.

Me puse el yelmo y de inmediato, bajé la celada para proteger mi rostro de ataques contundentes. El visor era bastante cómodo, quizá porque llevaba más de cuarenta años usando la misma armadura, puede que más si contaba mis días de escudero.

—Excelente, entonces... ¡Sir Fred contra Sir Ricardo, Caballero del Escudo Negro!, ¡empiecen!

Capítulo 11

Capítulo 10: Duelo

La distancia que nos separaba era de apenas seis metros.

Ninguno quiso dar el primer paso, pues cualquier error, por más pequeño e insignificante que fuera, podría significar el fin del combate. La postura de Sir Ricardo era defensiva, su escudo negro no me dio ninguna abertura por donde empezar mi ofensiva, por lo tanto, seguí girando alrededor del campo.

Las gradas estaban calladas, esto no era un torneo donde las aclamaciones y los gritos llenaban de alegría los corazones de las personas.

No...

Esto era un verdadero duelo a muerte.

Podíamos sentir la presión en el aire, lo único que se escuchaba a la redonda era el sonido del acero chocando contra el frío suelo. No le di mayor importancia, después de todo, mi oponente estaba justo frente a mí, cualquier otro pensamiento era innecesario.

—Estilo relámpago: ¡Corte marea! —Tomé la ofensiva primero, rápidamente lancé un tajo diagonal contra las costillas desprotegidas de Sir Ricardo, pero éste fácilmente giró su escudo hacia la parte blanda y de un solo impacto, bloqueó mi ataque. Sin embargo, el asedio apenas empezaba, no conforme con golpearlo una vez giré mi cadera hacia la derecha e impulsé el peso de mi cuerpo hacia el lado contrario —. ¡Aún no!

Mi segundo corte fue más potente gracias a la inercia del momento, no obstante, Sir Ricardo se desplazó en reversa y volvió a levantar su escudo.

Una jugada inteligente.

Los primeros segundos de un duelo eran de vital importancia para conocer al oponente, sobre todo, si nunca nos habíamos visto antes. El caballero rival mantuvo su temple sereno, podía ver claramente sus ojos fríos y decididos a obtener la victoria, justo como los míos.

Entonces, Sir Ricardo tomó la ofensiva.

El caballero bastardo cargó contra mi humanidad empleando su escudo como una verdadera aplanadora, su fuerza física y destreza de batalla le permitían realizar tales maniobras. Obviamente no lo recibí, en vez de ello, me desplacé hacia la derecha y lo vi pasar de largo.

—Menuda fuerza —susurré, de haber estado en el camino de aquella carga brutal me habría tirado al suelo.

—Rayos... —maldijo Sir Ricardo.

Volvímos a separarnos unos cuantos metros para examinar nuestras situaciones.

Sir Ricardo no dejaba de mover su escudo en diferentes direcciones, pues tenía la intención de fintarme con movimientos fáciles de ver, pero difíciles de esquivar.

Para su mala fortuna, no era la primera vez que alguien intentaba fintarme así.

El caballero volvió a dar un paso adelante, dejó atrás sus estúpidas fintas y me encaró de frente, como debió hacerlo en un inicio. La espada del guerrero pasó de largo una vez, dos veces, tres veces; todo gracias a mi experiencia en batalla; para predecir sus golpes solo debía ver sus hombros y ojos al mismo tiempo.

Sin embargo, Sir Ricardo no era tan fácil de evadir como Héctor.

El caballero bastardo sabía cómo atacar y qué movimientos realizar para dificultarme esta pelea. Mierda, este sujeto en verdad se ganó su título de caballero como deberían hacerlo todos los de su clase: ¡En el campo de batalla!

— ¡Muy bien, al ataque! —exclamé, de inmediato lancé una serie de cortes y estocadas hacia el pecho, la cabeza y los hombros del enemigo. No tuve piedad, Rayo le hizo honor a su nombre cuando logró conectar una estocada en el hombro izquierdo de Sir Ricardo, para mi mala fortuna, no logré atravesar la armadura de placas.

—Muy suave. —El caballero del escudo volvió a cargar con su equipo defensivo y de nuevo, volví a esquivarlo con un desplazamiento lateral. Su embestida me pareció sospechosa, ¿por qué repetir un ataque inútil?, ya esquivé su carga una vez, podía hacerlo cuantas veces quisiera y ni siquiera me cansaba hacerlo —. ¡Caíste!

Y entonces, supe la razón.

Luego de una tercera carga fallida, el guerrero acorazado giró más rápido de lo normal y contra todo pronóstico, recortó la distancia que nos separaba.

“Mierda”

¿Cómo no lo vi venir antes?

Sir Ricardo clavó sus grebas en el suelo y por ende, tuvo la oportunidad de girar aun cuando se encontraba en movimiento.

El escudo me golpeó de lleno en la cara, mis sentidos se desorientaron cuando el frío acero negro me hizo retroceder tres metros hacia atrás. Por desgracia, el ataque de Sir Ricardo solo había empezado.

La punta de su espada estuvo a nada de clavarse sobre mi abdomen, justo como Héctor y yo practicamos hace unos días. Para bloquearla tuve que adivinar la trayectoria de su ataque y luego, detener el impacto con la parte media de Rayo.

Por primera vez en la contienda, las chispas metálicas hicieron acto de presencia.

—Es bueno... —volví a susurrar, nadie se movió de su lugar, todos tenían la mirada puesta en este combate.

Cero gritos de apoyo.

Cero lágrimas.

Ningún sonido.

Solo una danza de la muerte que se decidirá más temprano que tarde.

Sujeté a Rayo con fuerza, la adrenalina volvió a correr sobre mis venas como un río embravecido cuyo cause jamás paraba. Sin importar la edad, experiencia o tiempo, esta emoción jamás cambiará.

Estos últimos cinco segundos se me hicieron eternos.

Sir Ricardo mantenía su distancia y escudo alto, el caballero seguro esperaba la oportunidad perfecta para volver a cargar. ¡No podía dejarlo!

—Estilo del caballero: ¡Combo de honor! —Sir Ricardo se me adelantó, el bastardo dio un paso al frente y sin más demora, me atacó empleando un espadazo directo a mi celada.

—Tonterías. —Pero mi habilidad fue superior, detuve su corte con la hoja de mi espada y hasta me dejó espacio para contraatacar —. ¡Sí!

O al menos, eso pensé.

Antes de poder girar mi espada para el contraataque, Sir Ricardo ya me había golpeado de nuevo con el escudo negro.

— ¿Decías? —El metal impactó de lleno sobre mi peto, forzándome a retroceder dos metros más y de inmediato, Sir Ricardo retomó su ofensiva con una serie de estocadas, cortes y golpes con escudo, una brutal lluvia de ataques que no pude esquivar del todo.

Sentí un doloroso corte en mi brazo derecho y un golpe al peto me sacó el aire.

Estuve a punto de arrodillarme, pero no lo hice, no podía perder de esta manera tan humillante.

“Estilo del caballero: Combo de honor”

Una técnica monstruosa que combinaba la espada bastarda y el escudo a la perfección.

Enfrentar dos armas al mismo tiempo resultó ser más desafiante de lo que pensaba, si me descuidaba por un segundo, el escudo tenía el camino libre para sacarme los órganos a base de impactos dolorosos. Sin embargo, la espada era verdaderamente peligrosa, Sir Ricardo la ocultaba detrás de sus golpes de escudo y embestidas, pues deseaba que me preocupara menos por ella y más por las embestidas.

Pero yo no era ningún novato.

Conocía a la perfección su plan: Bajar mi defensa contra la hoja para luego asesinarme de un corte o estocada, inteligente de su parte, pero inútil contra mí.

—Eres fuerte, Sir Ricardo. —Volví a dar vueltas alrededor del campo, mientras trataba de recuperar el aliento.

—Usted es fuerte también, a su edad ya debería estar vomitando —contestó mi adversario, igualmente cansado por sus últimos movimientos.

No éramos máquinas ni súper humanos, la presión del combate y el peso de las armaduras nos quitaban resistencia física.

—Ya veremos quien vomita al final, muchacho.

El olor a sangre me estaba llegando por fin, ¿era mía o de Sir Ricardo?

No me importó, si quitaba la vista de mi adversario, aunque sea por un momento, el combate acabará. En una batalla a muerte, cualquier segundo marcaba gran diferencia, sobre todo, al momento de intercambiar golpes.

“Esto no se parece en nada a la guerra”

En el calor de la batalla normalmente me enfrentaba a soldados y milicianos por igual, los segundos apenas y tenían entrenamiento marcial, bastaba solo un golpe para matarlos y en medio del caos, resultaba mucho más fácil aún. No obstante, un duelo era totalmente diferente.

Ambos estábamos en igualdad de condiciones.

Al menos, en teoría... Sir Ricardo era más fuerte físicamente, pero mi experiencia servía para equilibrar las tablas, aunque sea por un momento nada más.

“Ya no tengo la misma resistencia” pensé.

La danza circular regresó, para disgusto de los espectadores, no encontré ninguna abertura para atacar y mi potencia física no era suficiente para romper su guardia, mi única alternativa era combatir al contraataque y para ello, debía brindarle una invitación silenciosa.

Bajé mi espada unos centímetros, fingiendo debilidad y cansancio para atraerlo hacia mis garras. Por desgracia, no lo conseguí, Sir Ricardo continuó con la mirada clavada hacia el frente, su escudo no se movió, tampoco su espada, el caballero esbozó una pequeña sonrisita burlona, como si estuviese diciéndome: “¿Crees qué voy a caer en ese truco tan bajo, imbécil?”

—Es hora de dar el primer paso.

Lancé una estocada frontal contra el escudo negro, mi intención era apartar ese trozo de acero hacia otro lado, pues no me convenía combatir contra ambos objetos a la vez. Sir Ricardo no movió su escudo, dejó que los objetos chocaran fuertemente y entonces, elevó su mano diestra que sostenía la espada bastarda.

— ¡Eres mío! —exclamó, por fortuna, di un paso hacia la derecha y evadí así el corte descendente que amenazaba con aplastarme el yelmo. La distancia desapareció, luego de haberme desplazado tan rápido encontré una oportunidad para lanzar un tajo cruzado hacia el hombro derecho del

caballero.

Por fin, luego de muchos intentos uno de mis ataques impactó de lleno sobre su hombrera, Sir Ricardo soltó un gemido de dolor, pero no se distrajo ni debilitó en lo absoluto. A pesar de haberlo golpeado, la armadura absorbió gran parte del impacto y le permitió continuar la pelea a pesar del dolor.

Una armadura de placas ofrecía protección contra las armas cortantes, pero tampoco te salvaba del dolor. Si lo golpeaba repetidas veces, eventualmente su defensa y resistencia bajarán y podré atravesar su peto con una estocada final.

¡Esa era mi estrategia de combate!

El intercambio continuó.

Bloqueé el siguiente corte que Sir Ricardo me lanzó, luego hice lo mismo con el siguiente y de inmediato, retrocedí tres pasos.

Maldición, mi cuerpo solo podía aguantar cuatro golpes seguidos a todo poder, si mi adversario intentaba un quinto ataque, estaba mil por ciento seguro de que impactará y me causará gran daño. Por ende, debía evitar bloquear demasiado o acabaré con los huesos de las manos destrozados.

Retomé mi ofensiva con un tajo descendente que Sir Ricardo detuvo empleando su escudo negro, en seguida, giré el mango de mi espada y cambié la dirección del segundo ataque, en lugar de cortar de arriba hacia abajo, corté de izquierda a derecha; un cambio de trayectoria tan brusco que Sir Ricardo se vio forzado a emplear la bastarda para detener el golpe.

Aun así, el caballero rival quedó en una postura anti natural, sus dos brazos terminaron levemente enredados, formando una cruz extraña que tapó su visión por unos instantes. Aquella distracción me permitió embestirlo y golpearle la cara de lleno con el pomo. Como resultado, su nariz empezó a sangrar, al punto de quedar inflamada e irreconocible luego del impacto.

Y como si nada, Sir Ricardo retrocedió dos pasos y volvió a tener su postura de siempre.

Este hombre no era un guerrero ordinario, cualquier otro individuo, por más profesional que fuera, entraría en desesperación o rabia luego de recibir un golpe tan escandaloso. Mi pomo seguía cubierto en su sangre y seguramente sentía un dolor horrible, aun así, el bastardo siguió de pie,

sin parpadear ni quitar la vista de mis hombros y cintura.

—Parece que no te derribaré con un solo golpe —comenté, mientras retomaba la danza circular.

—Te veo cansado, anciano.

—Lo estoy —admití—. Pero aún soy capaz de vencerte.

Sir Ricardo cargó con su escudo nuevamente, una jugada que ya vi mil veces no seguirá funcionando conmigo. De todos modos, aquel movimiento no fue desesperado, el caballero rival mantuvo su misma potencia e intentó con todos los medios empujarme hacia atrás, para su mala fortuna, me desplacé hacia la izquierda y contraataqué con un corte descendente hacia su yelmo.

Y fue ahí donde noté mi error.

Sir Ricardo alcanzó a bloquear mi corte con su escudo, luego lanzó una estocada hacia mi hombro izquierdo que penetró la hombrera y la malla con dificultad, como resultado, la punta de su arma lastimó severamente mis articulaciones y me provocó un dolor profundo.

“Mierda, eso dolió”

No era la primera vez que me herían allí, pero ya no tenía la resistencia de un joven, el dolor disminuyó mi capacidad de concentración y por lo tanto, me vi forzado a usar mi espada para golpear el hombro derecho del enemigo.

Y como era de esperarse, Sir Ricardo retiró su hoja de mi hombro y de inmediato retrocedió para ganar mayor distancia.

El sonido del metal me sirvió para olvidar el goteo que mi hombro tenía, la sangre poco a poco se escapaba de mi cuerpo, al igual que su nariz destrozada. La danza circular volvió a repetirse, quizá porque era la única manera de mantener nuestros pies activos sin perder la guardia que tanto trabajo nos costó crear.

Desde el visor las cosas se veían más angostas de lo que realmente eran, pero era mejor así, solo necesitaba enfocar mi visión en Sir Ricardo, detalles como la audiencia y el resto del terreno me resultaba innecesario.

El duelo se prolongó más de lo que esperé, normalmente, los combates uno a uno terminaban luego de una serie de golpes, sin embargo, en este caso no fue así. Sir Ricardo y yo nos negábamos a morir, mantuvimos las

miradas firmes y listas para el siguiente choque de espadas.

Entonces, una ligera brisa se filtró dentro de mi armadura y me renovó el entusiasmo, total, ya no tenía nada que perder... ¡Mejor darlo todo en una carga brutal!

Capítulo 12

Capítulo 11: Batalla definitiva

Sujeté a Rayo con toda la fuerza de mis dedos, luego suspiré profundamente sin bajar mi guardia, llegó el momento que tanto esperé. Fui precavido en mantener mi distancia y combatir como un espadachín experto, pero me di cuenta de que Sir Ricardo llevaba la delantera en cuanto a resistencia. Si el encuentro se prolongaba, entonces sería una derrota segura para mí.

Por lo tanto, la única decisión prudente en este momento era atacar hasta obtener la victoria en los siguientes minutos, de lo contrario, la pelea terminará en contra mía.

—Estilo relámpago: ¡Golpe de martillo! —Y lo usé, la técnica que mi nieto inventó para derrotarme...

Le di la vuelta a la hoja de mi espada y de inmediato, mandé un golpe con el pomo del arma directo a la cabeza del caballero. Sir Ricardo no esperó ese ataque tan poco ortodoxo, pero no se dejó sorprender y como buen guerrero dio un paso hacia atrás, luego, contraatacó con una estocada a mi pecho.

Por desgracia para él... ¡Aún no terminaba!

Una vez que mi ataque falló me vi forzado a sujetar la parte delantera de mi espada, sin llegar a tocar la punta, por lo consecuente, utilicé mi bastarda como bastón para desviar su estocada por un pelito de rana.

El sonido del metal chocando me reanimó el espíritu de lucha, con su espada cayendo hacia el costado derecho tuve todo el camino libre para clavar la punta de mi arma directo en el peto del enemigo.

— ¡No lo harás! —Sir Ricardo soltó su escudo rápidamente y con la mano libre, se retiró bruscamente mi espada de su peto.

No vi si penetré o no su piel, pero a juzgar por su expresión adolorida, pude conseguirlo.

— ¡Venga!

Sin escudo de por medio los dos nos enfrascamos en una serie de tajos y estocadas de alto nivel, nuestras armas danzaron alrededor del campo bajo la melodía de la muerte. Mis manos se movieron como relámpagos,

al igual que mi estilo...

Derecha, izquierda, al centro, derecha, detrás, izquierda, derecha, centro, costados, derecha, izquierda... ¡Delante!

Mi espada pareció tomar vida propia, mientras mi cuerpo hacía todo lo posible para mantenerme vivo en este duelo de alta tensión. Joder... ¡Esto sí era un verdadero combate!, la sangre me hirvió y mi mente se nubló, en este momento las reflexiones y el honor me vinieron importando una mierda. Todo lo que necesitaba ahora era matarlo, matar a mi adversario y elevarme como el ganador definitivo de este encuentro.

Vamos, vamos, vamos, solo un poco más.

Un golpe, dos golpes, tres golpes, diez golpes, veinte golpes, ya ni siquiera sabía el número y siendo sincero, me importó poco.

Fueron segundos llenos de intensidad, la melodía de las espadas chocando y el acero de nuestras armaduras sonando como una orquesta silenciosa le agregó más dramatismo al combate.

Rayo dibujó un arco vertical hacia la izquierda que Sir Ricardo desvió con la hoja de su espada, posteriormente, el caballero bastardo lanzó un tajo descendente que intentó aplastarme el cráneo, otra vez.

Para este momento ya estábamos cansados, a pesar de mi resistencia natural y experiencia de batalla, poco a poco, estaba llegando a mi límite. Mis pulmones pedían a gritos un descanso y mis músculos lloraron por dentro; aun así, fui capaz de retroceder ante ese tajo y lanzar una estocada al cuello de mi oponente.

Y obvio, fue bloqueada de un espadazo.

—Terminaré contigo en el siguiente intercambio, Sir Fred.

Aquella frase no fue una fanfarronería, sino una afirmación.

Sir Ricardo no mentía, su semblante serio y decidido ganó más fuerza de la que esperé, la herida sangrante de su nariz no se detuvo, tampoco su determinación. Por primera vez desde que empecé el combate, comencé a sentirme preocupado.

Este enemigo era demasiado fuerte.

Quizá en mis mejores tiempos le habría podido ganar con un pequeño margen, pero ahora, en el ocaso de mi vida, las cadenas de la edad

terminaron por jugarme una mala pasada.

—Parece que tendré que enfrentarte al máximo de mi poder, muy bien, este perro viejo todavía puede aprender trucos nuevos.

Realicé la postura del trueno destructor.

Pierna derecha flexionada levemente hacia atrás, pierna izquierda flexionada con más peso hacia el frente. Hombros duros y firmes, mano zurda cerca de la guarda y mano derecha encima del pomo, con la punta del arma mirando hacia el frente.

Originalmente, el estilo relámpago creado en las montañas del este fue pensado para usarse con espadas de una mano, en este caso, sables o espadas ligeras de guarda ancha. La variante que inventé también tenía ataques y bloqueos con espada larga y bastardas, dicho de otro modo, lo que estaba a punto de hacer rara vez había sido visto en un duelo individual.

“Pues todos morían luego de ejecutar mi ataque definitivo”

Al menos, eso me daba algo de esperanza...

No había usado esta técnica en siete años y por más entrenamiento ligero que tuviese, no podía negar la realidad: Mi técnica se oxidó.

Silencio.

Nadie comentó nada, ni siquiera susurros triviales.

El público estaba atento a nuestros siguientes ataques, pues definitivamente serían los últimos de este duelo mortal. Sir Ricardo respondió a mi postura con una más defensiva y dispuesta al contraataque, el caballero inclinó levemente la punta de su espada.

“Una invitación silenciosa”

—Estilo relámpago: ¡Trueno destructor! —Toda la fuerza de mi cuerpo se acumuló de golpe en mis brazos y piernas, de inmediato, corrí hacia mi adversario con la punta de mi espada hacia el frente. En un principio, mi técnica parecía una estocada brutal contra el corazón del enemigo.

Pero entonces...

¡La trayectoria cambió en el último segundo!, ya no era una estocada, sino un tajo corto que amenazó con cortar las costillas acorazadas de Sir Ricardo. El secreto de este movimiento se encontraba en el agarre, al tener la mano izquierda tan cerca de la guarda podía usar mis dedos para

sujetar el arma por dicha zona y después, cambiar la trayectoria recta a una circular de cuarenta y cinco grados.

— ¡Ah! —gimió el bastardo.

Pero fallé, mi espada se quedó enterrada en la armadura y no pudo penetrar la cota de malla por completo.

¡Maldición!, mis brazos ya no eran tan fuertes como antes, si deseaba atravesar la armadura entera debí de golpear con más potencia. Sir Ricardo elevó su ceja, ¡aquella era su oportunidad de terminar con todo!

SPLASH

La hoja de su espada sí pudo atravesar mi armadura de placas, cota de malla, gambesón y piel. No sentí mucho dolor cuando el frío acero destrozó mis huesos y músculos por igual, ya habrá tiempo para quejarse después, por ahora, solo quedaba aprovechar la abertura gigantesca que dejó para poder golpearme.

Esto fue cuestión de segundos, los espectadores aún trataban de analizar lo que estaba ocurriendo.

“Es ahora o nunca”

Ignoré las grandes cantidades de sangre que salían de mis heridas y centré mi atención en la mano derecha del caballero. En efecto, mi fuerza actual era insuficiente para atravesar la coraza y si lo golpeaba de lleno, a lo mucho le causará un desgarre o una contusión y después, moriré por las heridas.

Entonces...

¡Necesitaba apuntar a un sitio menos protegido!

Rápidamente saqué mi espada de su armadura y me alisté para dar el golpe final, como la hoja de mi arma no penetró tanto como la suya, me resultó mucho más fácil sacarla.

Puesto que su filo se quedó atascado en las rejillas de mi cota de malla su capacidad de movimiento disminuyó, al punto de no poder alejarse tan rápido como él hubiese deseado, posteriormente, levanté mi espada bastarda hacia los cielos y sin mayor piedad, la dejé caer en forma de tajo descendente contra el guantelete del caballero.

— ¡Ah! —Su grito de dolor fue todo lo que necesité para confirmar la

efectividad de mi ataque.

Con mi potencia actual fui capaz de atravesar el guantelete y clavar la hoja de mi espada en la muñeca entera, provocándole un sangrado y dolor escandaloso que le hizo caer al suelo y retorcerse de dolor. Ni siquiera fui capaz de cortarle la mano, pero esa no fue mi intención en ningún momento, yo solo quería que mi espada quedase clavada justo en el hueso, donde más agonía y dolor podía provocarle.

Aun así, el encuentro llegó a su fin. Ya no me quedaban fuerzas para recoger mi arma del suelo, apenas podía caminar unos cuantos pasos más.

—El ganador del encuentro es Sir Ricardo —anunció el juez.

Resultaba irónico que el ganador estuviese retorciéndose en el suelo de dolor y angustia, mientras el perdedor yacía parado sin mostrar ninguna emoción. Rápidamente el equipo médico acudió al rescate de Sir Ricardo, el pobre hombre debía de estar sufriendo un dolor horrible, pues la sangre no paraba de salir y el hueso seguramente sufrió daño irreparable.

Ya no me quedaban más de cinco o seis minutos de vida.

Mis familiares intentaron correr hacia mi dirección, pero con mis últimas fuerzas les hice una señal de alto, pues deseaba estar solo en mis momentos finales.

"Es suficiente"

—Bien combatido —alcancé a susurrar, no pude ni siquiera brindarle una educada reverencia al ganador, pues acabaría cayendo al suelo y muriendo en el acto.

Y así, dejé atrás la arena de combate.

Capítulo 13

Capítulo 12: El mes del caballero

Recorrí por última vez los prados verdes que rodeaban al palacio, mientras avanzaba empecé a escuchar las voces de personas vivas y muertas. Susurros de un pasado distante que poco a poco, desaparecía conforme la vida se me escapaba del cuerpo.

“Aquí aprenderás el arte de la espada”

“Estoy feliz de haberte conocido, cariño”

“Mira, papá, ya puedo usar el estilo relámpago”

“Lord Fred, muchas gracias por tu arduo trabajo”

“Abuelo, ¿qué significa ser un caballero?”

En el abismo de la muerte y final de la vida, el tiempo dejó de importar, me dejé llevar por los recuerdos para apreciarlos por última vez. Pues no volveré a tener la oportunidad de caminar sobre la tierra, ni de sentir las brisas finales que me arropaban en señal de despedida.

Lo supe desde un inicio.

Ganar esta pelea era casi imposible.

Y aun así, lo di todo de mi parte, me aferré a la vida hasta el último aliento, combatí con toda la experiencia y poder que reuní a lo largo de los años. Por ende, no me voy frustrado para nada, hice lo que tenía que hacer, nada más, nada menos.

Mis pasos me condujeron al establo principal, el lugar apestaba a mierda de caballo como cualquier otro sitio de su clase, al verlo, una sonrisa tranquila se dibujó sobre mis labios.

“Al final, terminaré extrañando hasta el olor a caca de caballo, que ironía, uno nunca sabe lo que tiene, hasta que lo pierde”

Mis pensamientos poco a poco se volvían menos coherentes, detrás de mí, un rastro de sangre anunciaba el final de mi existencia.

Continué avanzando en torno del patio, alrededor mío no había ningún alma, o quizá ya no era capaz de verlos y solo estaba guiándome por mis

recuerdos.

Y pese a todo, me sentía más vivo que nunca.

La naturaleza, la vida, el tiempo, todo me pareció hermoso.

Dejé atrás los malos recuerdos, los días infelices, pues al final de cada historia solo nos acordamos de las cosas buenas. Aquello era una verdad auto evidente, que yo mismo pude comprobar en mis últimos momentos.

“En tus días finales... ¿Serás capaz de encontrar la felicidad?”

Alguien me dijo esas palabras una vez cuando era joven, no recordaba su rostro, ni el tono de su voz, fue un encuentro fortuito, que jamás volvió a repetirse. Y aun así, sus palabras quedaron marcadas en lo más profundo de mi corazón, como un grabado heráldico en una armadura o espada.

En aquel entonces no podía responderle, tenía menos de veinte años y mi vida apenas empezaba a tornarse interesante. De hecho, ya ni siquiera me acordaba de mi respuesta barata, simplemente dije lo que esa persona deseaba escuchar.

Pero ahora, estaba cien por ciento seguro de mi respuesta.

“Sí, persona desconocida, encontré la felicidad mucho antes de lo esperado y la disfruté al máximo. Y ahora, que la muerte me coquetea dulcemente al oído, puedo darte la respuesta que no pude hacer varios años... Fui feliz”

Cada paso me volvía más lento y mi visión empezó a ver imágenes de un pasado mucho más distante. Ya no me quedaba mucho tiempo, solo un último instante para dejar este mundo.

Por supuesto, el último sitio a visitar era obvio... El cementerio.

Apenas antes me pasé por aquí para tener una última charla con el fantasma de mi esposa, sin embargo, mi visita de hoy será diferente.

—A-Ah... —susurré, mi boca se llenó de sangre y mis heridas se transformaron en cadenas, cada paso que daba era como una puñalada que me despertaba de un sueño eterno. Sin embargo, el dolor no durará por siempre.

Eventualmente, seré libre de recorrer mi último camino hacia el destino final.

Las personas solían decir que la muerte les llegaba igual a todos, en eso tenían razón, pero las formas variaban muchísimo respecto a cada

individuo. Por ejemplo, los campesinos que maté durante mis cargas de caballería murieron con una expresión de terror y remordimiento sobre sus rostros, en cambio yo, estaba rodeado de flores y la tumba de mi persona más amada, por una buena causa y en mi propio hogar.

¿Quién no desearía una muerte como esa?

“Me estoy sintiendo cansado”

De repente, las fuerzas me abandonaron y ya no pude seguir dando un paso más.

Cerré mis ojos un momento, solo necesitaba descansar algunos segundos para llegar a mi destino, ya no me faltaba nada, solo una parte pequeña...

—Listo —murmuré.

Me sentí más ligero y fuerte que nunca, mis pasos dejaron de ser lentos y repentinamente, la sangre que traía derramándose desapareció también. Todas las flores del cementerio se veían más brillantes que nunca, como si cada una fuese una estrella del mediodía.

—Ya te habías tardado, cariño. —Juana estaba ahí, parada sobre su tumba con una sonrisa brillante. Lucía joven, como en aquella tarde bajo la puesta de sol, donde conocimos el amor verdadero y nos juramos estar juntos hasta a la eternidad —. He venido para cumplir mi promesa, ¿no la habrás olvidado, verdad?

— ¿Cómo podría olvidar algo así?, por fin he llegado. —Y sin darme cuenta yo también era joven, sin heridas ni cicatrices, solo el suave jubón rojo que tanto me gustaba usar durante las tardes pacíficas. De la armadura no quedó rastro alguno.

—Juntos hasta la eternidad —dijimos al mismo tiempo.

Nos tomamos de la mano, para no volver a soltarnos nunca más.

Nuestra historia de amor por fin llegó a su final, al igual que mi vida. No me quedaron arrepentimientos ni pesares, solo la satisfacción de haber vivido en este bello mundo tan imperfecto.

Capítulo 14

Epílogo: Un verdadero caballero

Mi abuelo fue un verdadero caballero.

Fuerte, poderoso, honorable y siempre dispuesto para seguir el código de la caballería al pie de la letra. La gente a menudo solía comentar que sus grandes hazañas en combate no tenían igual durante su mejor momento, incluso en la vejez, mostró una gran habilidad con la espada que pocas veces se veía en individuos viejos.

Pero sobre todas las cosas, fue su personalidad lo que más llamó la atención de los bardos y poetas de la época.

Cuando murió, lo encontramos abrazando la tumba de mi abuela.

Él dejó este mundo cerca de la persona que más amo y ese detalle fue contado a todos los habitantes del feudo. De inmediato, las canciones sonaron por todo el reino, la historia del viejo caballero que murió cerca de su amada cruzó fronteras y en pocos años, el panteón del palacio fue visitado por muchos enamorados para jurarse amor eterno en el mismo lugar donde mi abuelo falleció.

Incluso yo me casé aquí, para conmemorar el amor que mis abuelos se tuvieron en vida.

Aun así, mi abuelo jamás buscó ser un héroe reconocido ni un súper caballero recordado por generaciones. No, él simplemente vivió su vida al máximo, cumplió con sus obligaciones e hizo lo correcto en momentos críticos, también fue amado por mi abuela Juana y él la amó con todo su corazón.

Sir Fred fue en efecto, un gran hombre.

“Estoy realmente agradecido por haber tenido a un abuelo como el mío”

Su ejemplo me motivó a convertirme en un caballero como él, alguien humilde y fuerte, cuya espada se movía más rápido que la lengua.

—Lord Héctor, su caballo lo espera. —Uno de mis escuderos me llamó a la distancia, era un niño flaco y de ojos grandes, con cabello corto negro y mirada curiosa. Lo tomé bajo mi servicio porque me agradó lo rápido que cumplía las órdenes, además, entendía perfectamente el código de caballería.

—Iré enseguida, dame unos minutos más, yo mismo iré a los establos.

—Lo que usted ordene, señor.

Seguí viendo las tumbas un rato más, en mis ratos libres o cuando necesitaba pensar, me pasaba por este lugar para recordar viejos tiempos, una época donde todo era más fácil.

—Al final tuviste razón, siempre la tuviste, abuelo, ser un caballero no significa nada más blandir la espada como un maestro. Eso puede hacerlo cualquiera, hasta un campesino. —Hice una pausa a mi discurso mientras elevaba se semblante al cielo, como si estuviese buscando los rostros de mis abuelos entre las nubes —. Honor, gloria, respeto... Valores que nos separan de los asesinos corrientes.

Por fin entendía el código de caballería.

Tardé mucho en comprenderlo, más del que pensé, pero finalmente podía llamarme a mí mismo Sir Héctor.

Una suave brisa golpeó mis cabellos levemente, ya se acercaba el otoño.

—No te preocupes, tú no rompiste nuestra promesa, la mantuviste hasta el final.

En el momento final del duelo, Sir Fred realizó un movimiento perfecto que jamás olvidaré, la técnica definitiva del estilo relámpago. Mi padre, el antiguo señor del Castillo Marea, Sir Pedro, jamás había visto ese movimiento antes, fue un destello fugaz que nos dejó con la boca abierta y que apenas hoy, quince años después de su muerte, logré dominar al cien por ciento.

“Aquel movimiento, el Trueno Destructor, fue la última enseñanza que nos dejó a mi padre y a mí.”

—Debo irme, abuelo, como el nuevo señor del Castillo Marea, tengo la responsabilidad de proteger a los habitantes. Tú mismo me lo enseñaste, espero que estés orgulloso de mí.

Dejé el cementerio y me dirigí hacia los establos, ahí me esperaban otros diez jinetes acorazados con espadas colgando en el cinturón.

“Solo mírame, abuelo, voy a superar tu leyenda y me convertiré en un señor del que hablen por cien años, ya lo verán”

Y mi historia no será nombrada: “El mes del caballero”

Sino...

El caballero del siglo

FIN